

BOLSILIBROS BRUGUERA

PUNTO

ROJO

ojos azules, muerte roja

burtón hare



COLECCION

PUNTO ROJO



YA ESTA A LA VENTA
LA NUEVA SERIE

SELECCION

TERROR

Creada para aquellos
lectores que poseen nervios de
acero y no temen traspasar las fron-
teras de lo irreal y adentrarse en
un mundo desconocido, aterrador
como una pesadilla, apasionan-
te como la más increíble de las
aventuras.

BURTON HARE

**OJOS AZULES,
MUERTE ROJA**

Colección **PUNTO ROJO** n.º 575
Publicación semanal
Aparece los **SABADOS**



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA · BOGOTÁ · BUENOS AIRES · CARACAS · MÉXICO

Déposito legal: B 7.397 - 1973

ISBN: 84-02-02520-X

Impreso en España - Printed in Spain

1ª edición: abril, 1973

© BURTON HARE, 1973

texto

© MIGUEL GARCIA, 1973

cubierta

Concedidos derechos exclusivos a favor
de EDITORIAL BRUGUERA, S.A.
Mora la Nueva 2, Barcelona (España)

Impreso en los Talleres Gráficos de **Editorial Bruguera, S.A.**
Mora la Nueva, 2 - Barcelona - 1973

Todos los personajes y entidades privadas que aparecen en esta novela, así como las situaciones de la misma, son fruto exclusivamente de la imaginación del autor, por lo que cualquier semejanza con personajes, entidades o hechos pasados o actuales, será simple coincidencia.

**ULTIMAS OBRAS DEL MISMO AUTOR
PUBLICADAS POR ESTA EDITORIAL**

En Colección SERVICIO SECRETO:

1.151. — Huracán de violencia.

En Colección PUNTO ROJO:

574. — Negro es el odio.

CAPÍTULO PRIMERO

La muchacha detuvo el coche allí donde le habían indicado.

De cualquier modo, tampoco hubiera podido seguir adelante, porque a partir del claro, el camino apisonado y desigual se convertía en un sendero que se hundía bajo la bóveda del follaje.

Un sendero por el que apenas podría caminar un ser humano.

Eso también se lo habían advertido, así que cerró las portezuelas del auto, miró a su alrededor con cierta prevención, y al fin echó a andar sendero adelante.

Se llamaba Anna Moran y era periodista.

También era muy bella, con un cuerpo joven y de suaves curvas que moldeaban su femineidad de un modo perfecto. Su rostro, que aún no había tenido tiempo de ser tostado por el sol de Florida, poseía una piel aterciopelada, en la que el rojo de los labios resaltaba como una tentación.

Se detuvo y volvió a mirar a su alrededor. De pronto le pareció que el silencio de la espesura se volvía opresivo, siniestro.

Vagamente, recordó lo leído años atrás respecto a los pantanos de Florida, a las selvas húmedas pobladas por peligrosas alimañas. Se estremeció.

Desde luego, no era aquél un lugar como para tranquilizar a nadie; no obstante, valía la pena pasar un poco de miedo si con ello obtenía un reportaje que demostrara al gruñón Limey que ella servía para algo más importante que redactar estúpidas crónicas de sociedad.

Avanzó un poco más, apartando a manotazos las lianas que se balanceaban formando una tupida red flotante, salpicada por los vivos colores de las flores parásitas adheridas a ellas.

Una delgada niebla de un tono amoratado flotaba como un sudario a media altura, como suspendida de aquellas lianas, o de las casi invisibles copas de los árboles.

Gigantescas raíces sobresalían de la tierra y se enroscaban con las lianas y los troncos podridos que yacían cual cadáveres putrefactos. No muy lejos gorgoteaba el pantano con un sonido lúgubre, extraño y sobrecogedor.

Orquídeas tenues y delicadas como girones de niebla de vivo colorido estallaban en torno, como chispazos de luz.

La muchacha se detuvo una vez más. Apenas podía distinguir el estrecho sendero en aquélla umbría espesura. No obstante, prosiguió su camino empujada por su afán profesional.

Al fin desembocó en un claro del que habían sido abatidos los árboles, pero en el que el abandono había permitido a la vegetación brotar con un impacto vital incontenible.

Y allí estaba la casa.

Anna la miró, sobrecogida, paralizada por el estupor.

Era una construcción de piedra y madera, que debía datar de la época dorada de la colonización, el oro, el aplastamiento de los indios seminolas y el comercio de ébano.

Había dos enormes columnas de mármol sosteniendo una amplia terraza. Por las columnas se enroscaban las plantas trepadoras lo mismo que moteadas serpientes gruesas como el puño de un hombre.

Multitud de ventanas salpicaban la oscura fachada. En la mayoría, los cristales habían desaparecido. Sólo en unas pocas de la planta baja algunos cristales cubiertos de polvo velaban la oscuridad que se adivinaba en el interior.

Anna sintió un escalofrío. Aquello se le antojó una tumba.

No era posible que nadie viviera allí, en un lugar siniestro y perdido en medio del infierno verde de los pantanos.

Inesperadamente, algo como una pequeña llama flotó ante sus ojos, antes de desaparecer entre el follaje. Un frío que la paralizaba se extendió por sus venas antes de comprender que seguramente se trataba de un diminuto colibrí.

Armándose de valor, atravesó el claro. La puerta de la mansión estaba abierta. Por el suelo de duras baldosas reptaban los brazos extendidos de las mismas trepadoras que cubrían las columnas del porche.

Anna se aclaró la garganta.

—¿Hay alguien aquí? —exclamó.

Se odió por su voz vacilante que delataba el miedo que la poseía.

Dio dos pasos más hasta detenerse en el umbral.

Allí volvió a preguntar:

—¿Hay alguien en la casa?

Vio un espacioso vestíbulo sumido en penumbra, al que se abrían varias puertas.

Inesperadamente, le llegó la respuesta que había deseado no oír para poder marcharse sin rubor.

—¿Señorita Moran? Estaba esperándola... Entre, por favor.

No hubiera podido decir de dónde procedía la voz. Era la de una persona mayor, tal vez asmática, a juzgar por su tono forzado.

Con un suspiro penetró en el vestíbulo.

—¿Dónde está usted? —preguntó con la voz algo más afianzada. Nadie le respondió.

Pero, repentinamente, oyó un extraño zumbido, un vivo desplazamiento del aire a su alrededor.

Emitió un grito, pero antes que pudiera volverse, algo suave, frío y viscoso se enroscó en torno a su garganta con una violencia aterradora.

Anna Moran trató de gritar su pánico, pero la presión de aquella cosa en torno a su cuello era cada vez más fuerte y ningún sonido salió de sus labios.

Manoteó, intentando librarse, mientras sus ojos desorbitados giraban locamente en sus órbitas, como si quisieran saltar de su rostro, que ya no era bello, porque estaba contraído, horriblemente desfigurado con la mueca feroz de una agonía pavorosa.

La presión era cada vez más dura, más implacable. La muchacha cayó de rodillas, mientras le parecía que a su alrededor se abatía una niebla roja como la sangre.

Sus pulmones aullaban silenciosamente exigiendo el aire que ya no podía llegarle... todo se oscurecía, el rojo de la sangre se volvía negro, con la negrura del infierno.

Finalmente, Anna Moran se desplomó de bruces. La dura liana que se había enroscado a su cuello se deslizó de éste y quedó en el suelo, tan inerte como la muchacha después de cumplir su espantoso cometido.

Unos pies calzados con botas claveteadas surgieron al lado del

cuerpo de la periodista y permanecieron inmóviles unos instantes.

Después, con pesada lentitud, giraron y los pasos fueron alejándose hasta que todo volvió a quedar sumido en una opresiva quietud.

La misma quietud de la muerte, de las tumbas solitarias en una noche quieta.

Anna Moran ya no pudo captar el silencio, ni la quietud, ni el crujido de la selva, ni el rumor de los pájaros que regresaban de nuevo a sus dominios.

La muchacha ya sólo podía percibir el latido del más allá porque había penetrado en el reino de los muertos.

La parejita, se recitaba las mismas ternezas, que repiten todas las parejas que en el mundo han sido y serán.

—Nena, es como si hubiera encontrado el remanso de paz que siempre busqué —aseguraba, en un susurro, él.

—Les has dicho lo mismo a doscientas siete chicas, por lo menos.

—Es cierto, pero contigo es definitivo, mi amor.

—Sería delicioso si pudiera creerte...

—Sólo déjame que te lo demuestre.

—Más espacio, querido. He oído contar muchas historias sobre tus demostraciones de amor.

—Calumnias, seguro.

Ella no protestó.

Después, mucho después, suspiró:

—Si una pudiera confiar en ti, Brad, la cosa sería muy hermosa.

—Nena, eres todo lo que un hombre como yo pueda desear... sólo que muy pocos consiguen encontrarlo. Yo he tenido suerte.

—Siempre la tuviste con las mujeres.

—He olvidado a todas las demás.

—Dentro de una semana repetirás estas mismas palabras en el oído de otra chica.

—¡Te juro que...!

Ella no le dejó terminar. Lo hizo de un modo tan expeditivo que él olvidó incluso la representación del resto de su papel.

—¿Sabes una cosa? —musitó varios minutos más tarde—. En el fondo, yo siempre estuve seguro que algún día encontraría la mujer de mis sueños. La mujer ideal que había creado en mi imaginación.

—Y ese portento... ¿Soy yo?

—No podría ser ninguna otra mujer.

—Es agradable escucharte...

El la levantó en vilo. Giraron unos instantes como peonzas, de tal suerte que cuando él se detuvo en sus locos giros estaban en el umbral de un sobrio dormitorio.

La muchacha trató de desprenderse de sus brazos, pero Brad llevándola en brazos, dio dos pasos adelante, cruzando el umbral de la puerta de la alcoba.

Entonces sonó el teléfono con su tono agudo y el encanto se resquebrajó.

La dejó suavemente en el suelo y soltó un juramento.

Ella dijo con voz rota:

—El destino vela por mi virtud.

—¿El destino? ¡Condenación, el destino! Algún patoso, sin duda...

Descolgó el teléfono y gritó:

—¿Qué infiernos ocurre? Hable.

—¿Brad?

—¡Oh, no!

—No comprendo qué te pasa. Es sólo una llamada. Cualquiera diría que acaban de pisarte un callo.

—Está pisándome algo más... Vuelva a llamarme dentro de unas horas. ¿De acuerdo?

—Ni lo sueñes. Cuelgo ahora mismo, pero quiero verte en treinta minutos.

—¡Está loco si cree que...!

—No creo que en ningún otro periódico te paguen lo que cobras con nosotros. ¿O sí?

—Escuche, Limey...

—Dentro de treinta minutos.

Se oyó un chasquido y la comunicación se interrumpió.

Brad Brady colgó a su vez, con tanta violencia, que la muchacha dio un respingo.

—¿Quién era, querido?

—Limey.

—¿Y quién es Limey?

—Mi condenado jefe de redacción.

—A juzgar por cómo has reaccionado, apuesto que acaba de despedirte.

—Ojalá lo hubiera hecho.

—¿Entonces...?

—Algo peor. Quiere verme en su despacho dentro de media hora.

—Entiendo.

La miró. Una vez más, sus ojos realizaron una exploración completa de la sugestiva anatomía de la muchacha. Su odio hacia el jefe de redacción aumentó hasta alturas siderales.

—Bien, nos ha estropeado la noche —dijo ella, sonriendo—. De todos modos, creo que ha sido preferible así, amor mío.

—¿Preferible? No digas tonterías.

—Yo sé por qué lo digo.

—Escucha, primor. Iré a ver a ese negrero, le mandaré al diablo y tú y yo reanudaremos la noche en el punto exacto en que nos ha interrumpido. ¿Sí?

—En el punto exacto, ¿eh?

—Ni más ni menos.

—Mejor será que me telefonees mañana, querido. Los dos habremos tenido tiempo de reflexionar.

—¿Puedes decirme quién demonios quiere reflexionar?

—Mañana, corazón.

El intentó seguir protestando, pero la muchacha había tomado su determinación y nada pudo hacerle cambiar de idea.

Después se fue y Brad se quedó solo, rezongando y complaciéndose en desearle al jefe de redacción lo más selecto de todas las calamidades conocidas.

Limey era un hombre delgado, nervioso y con una mentalidad de computadora cuando se trataba del trabajo. Sus ademanes eran centelleantes, y parecía remacharlos con la acerada mirada de sus ojos azules.

Una alborotada cabellera blanca coronaba una cabeza y un rostro que, viéndolos de perfil, le recordaban a uno al pájaro carpintero.

—Como de costumbre, con retraso —fue su saludo cuando Brad penetró en su ruidoso despacho.

—Debería arrojarlo a usted por la ventana. Teniendo en cuenta

que éste es el piso vigésimo séptimo, es lo menos que me gustaría hacer.

Limey arqueó sus cejas como cepillos blancos.

—No sabía que te hubiera dado fuerte esta vez. ¿Cómo era ella, Brad? Cuéntame.

—Tiene usted una mente obscena.

—Pero se trataba de una chica, ¿no? Tú no harías todo ese teatro por un motivo cualquiera.

—¡Claro que se trataba de una chica!

—Bueno...

—¡Un bombón como no ha visto usted otro en toda su sucia vida!

—De acuerdo. Tienes algo especial que las vuelve locas, pero que me ahorquen si sé qué pueda ser...

—¿Me llamó sólo para decirme eso?

—En absoluto. Quiero que hagas un pequeño trabajo.

—Estoy en la nómina, lo cual me convierte en su esclavo. ¿Qué clase de trabajo?

—Quiero que encuentres a Anna Moran.

Brad Brady pegó un salto fuera de la silla.

—¿Es algún nuevo chiste? —graznó.

—Ha desaparecido, Brad. Y no me gusta la cosa.

—¿Qué quiere decir exactamente con que ha desaparecido?

—Literalmente eso; se esfumó.

Los ojos azules chispeaban de un modo peculiar. Brad conocía bien a su jefe y sabía cuándo podía discutirle las órdenes y cuándo no.

—La Moran es bastante mayorcita para cuidar de sí misma —dijo no obstante—. A menos, claro está, que criticara alguna de las brillantes recepciones a que asiste como cronista. Esas damas de...

—Desapareció en Farmington —le atajó Limey.

—¿Dónde está ese agujero?

—En Florida.

Brad se sentó pesadamente. La perspectiva de un viaje a Florida tuvo la virtud de suavizar su indignación.

—¿Qué estaba haciendo nuestra cronista de sociedad en Florida?

—De vacaciones. Acababa de llegar allá.

—Y desapareció... ¿Dónde está el misterio? Lo más seguro es

que se tropezara con un apuesto galanteador y estén los dos viviendo su romance.

—No saques conclusiones sin conocer por lo menos los hechos, Brad. Anna Moran llamó por teléfono. Como yo no estaba aquí dejó dicho que volvería a llamarme porque había encontrado la pista de un reportaje sensacional, de los que ella siempre había deseado ocuparse. Bueno, no volvió a telefonear.

—Sigo sin ver la gravedad del asunto. En Florida le salen un millar de oportunidades al día a una chica. Oportunidades para pasarlo bien, quiero decir.

—Conforme, pero cuando a una chica le sale una oportunidad, y se larga, cancela la cuenta de su hotel, especialmente si se trata de una chica que tiene que ganarse el dinero dólar a dólar. Además, se lleva el equipaje. Bueno, ella no hizo ninguna de estas cosas. Ni canceló la cuenta, ni se llevó las maletas. Incluso su cepillo de dientes continúa en su cuarto. Y hace una semana que se esfumó.

Brad soltó un gruñido.

—Ya veo. ¿No hay nada que indique qué clase de reportaje era el que «levantó»?

—En absoluto. Si yo hubiese recibido su llamada lo sabríamos.

—De modo que usted quiere que me largue a Florida...

—Inmediatamente.

—¿Y los gastos?

—Como de costumbre.

—Eso me conviene.

—Voy a darte los detalles; el nombre del hotel, una fotografía de Anna y el nombre de alguien que ha telefoneado repetidamente preguntando por ella.

—Telefoneado aquí, supongo.

—No; al hotel donde ella se alojó. He hablado con ellos hace menos de dos horas.

—Muy bien, tomaré nota de todo esto, pero ahora dígame qué es lo que usted cree que le ha sucedido. Su opinión personal, Limey.

Éste se encogió de hombros.

—No tengo la menor idea. Pero Anna Moran es una chica que daría su mano derecha para que yo la trasladase a la sección de grandes reportajes. Los sucesos la fascinan, sobre todo si son importantes. Si es un caso de éstos lo que husmeó, puede haber

cometido cualquier insensatez.

—Entiendo.

—Recuerdo cuando casi me arañó, hace más de dos años, porque me negué a asignarla al caso Flomer. Después de aquello intentó meter la nariz en todos los crímenes que se cometían y nunca la autoricé. No tiene temperamento para eso. O quizá tiene demasiado temperamento y poco juicio. De cualquier modo, lo suyo es la crónica de sociedad.

—Flomer... ¿No fue el asalto a un Banco?

—Seguro. Llevó el caso un veterano que ya murió, Norris. Tú estabas en Vietnam, por aquellas fechas.

—Bien, empiezo a pensar que una temporada en Florida va a sentarme de maravilla. He oído decir que es el lugar de América donde hay más mujeres hermosas por milla cuadrada.

—¡Cuernos, Brad! No vas allá de vacaciones, recuérdalo.

—Es usted quien me factura hacia el paraíso.

Brad Brady no podía saber que en lugar de un paraíso iba a encontrarse con un infierno.

CAPÍTULO II

Farmington estaba lo bastante lejos de Miami como para gozar de cierta tranquilidad ambiental, en ese mundo loco de las vacaciones organizadas, pero no tan lejos como para que, quien lo deseara, no pudiera trasladarse a la gran ciudad del placer en poco tiempo para gozar allí de todas las locuras que pregonaban los folletos turísticos, incluidos los casinos de juego, más o menos clandestinos.

Era una ciudad pequeña situada cerca de los tupidos pantanos, con un clima ideal en todo tiempo, si uno olvidaba la persistente humedad.

Brad la notó en cuanto estacionó el coche ante el hotel en que se había alojado Anna Moran.

Cumplió los trámites de inscripción ante el sonriente empleado.

Luego, dijo:

—He venido en busca de la señorita Moran, de modo que necesitaré toda la ayuda que ustedes puedan brindarme. Creo que mi jefe les habló por teléfono.

El hombre asintió:

—Un asunto muy lamentable.

—Estamos de acuerdo.

—¿Sabe usted? Nosotros queríamos dar cuenta al comisario, pero el señor Limey nos dijo por teléfono que no lo hiciésemos hasta ver qué podían averiguar ustedes.

—Lo sé. Y reconozco que con lo que sé, poco tengo para empezar. Sólo un nombre: Rusty Cameron.

—Ciertamente, ese hombre estuvo telefoneando insistentemente. Quería hablar a toda costa con la señorita Moran.

—Bueno, ¿quién es él?

—No lo sé. Únicamente su nombre.

—¿Tampoco sabe dónde puedo encontrarlo?

—Nunca dejó su dirección.

Brad gruñó:

—Esperemos que por lo menos tenga teléfono.

Una hora más tarde, detenía el coche ante un alto edificio de apartamentos. Dio un vistazo a las tarjetas del cuadro de la entrada y después subió hasta la sexta planta y llamó a una puerta. Un hombre de unos veinticinco años, alto, de hombros anchos, piel muy bronceada por el sol de Florida y mirar inquieto le contempló al abrir la puerta.

—Me llamo Brad Brady.

—Albricias. ¿Qué es lo que vende?

—Disgustos.

—¿Qué dijo?

—Usted es Rusty Cameron. ¿Sí?

El otro cabeceó.

—¿Puedo entrar?

—Por supuesto que no. ¿Qué juego se trae entre manos?

Brad suspiró.

—Ando buscando a Anna Moran. Se ahorrará usted un buen lío si hablamos con calma.

—¿Anna? —Cameron dio un respingo—. Pase.

Entró, viendo que estaba en un apartamento lujoso, con evidentes detalles de buen gusto.

—Usted telefoneó repetidas veces preguntando por Anna Moran al Majestic Hotel. ¿Por qué, Cameron?

—Maldito si... Bueno, es cierto —dijo, abandonando el tono belicoso de su voz—. Estoy muy preocupado por ella.

—No es usted el único.

—¿Es usted policía, Brady?

—Periodista. Trabajamos en el mismo diario ella y yo. Mi jefe me mandó en su busca.

—Entiendo.

—Ahora, veamos qué sabe usted de Anna. Según tengo entendido, desapareció apenas llegada a este agujero. ¿La conocía usted antes que ella viniera aquí?

Rusty Cameron sacudió la cabeza.

—No —dijo—. La conocí en Miami, en el aeropuerto, cuando llegó. Tomamos unas copas mientras esperábamos y cuando supe

que venía a Farmington me ofrecí para traerla con el coche. Aceptó y así empezamos a intimar.

—Intimar... ¿Hasta qué punto?

—No se pase de rosca, Brady.

—Pamplinas, amigo. ¿Se acostaron juntos o no?

Las mandíbulas del muchacho chasquearon al cerrarse como un cepo lleno de ira.

—¡Maldita sea! ¿Qué clase de chica cree usted que es Anna?

—Nunca me preocupé de averiguarlo. Nunca me complico la vida con mis compañeras de trabajo. Dígamelo usted.

Cameron retrocedió y se dejó caer sobre un amplio butacón.

—Siéntese —gruñó.

—Un trago me vendría de perlas. ¿No tiene usted *whisky* a mano?

—Ahí, en el bar...

—¿Hielo?

De mala gana, el hombre se levantó y fue a la cocina. Regresó con un recipiente lleno de dados de hielo que dejó sobre la mesita.

—Gracias. Por un momento temí que fuera usted abstemio...

—¿Le dijeron alguna vez que tiene usted una cara muy dura?

—Me han dicho cosas peores. Especialmente mi jefe...

Escanció medio vaso de *whisky*, le añadió hielo abundante y tomó asiento en el diván.

—Ahora —dijo—, hable.

—No hay mucho que contar. Traje a Anna en mi coche desde Miami. Quedamos citados y a partir de aquel momento salimos juntos tres o cuatro veces. Es una muchacha deliciosa.

—De acuerdo, es un encanto y todo eso. ¿Qué pasó después?

—Nada.

—¿Cómo nada?

—Habíamos quedado en cenar juntos. Sólo que ella no acudió, y hasta ahora. No regresó al hotel. Yo... Bueno, no comprendo qué pudo ocurrirle.

Brad gruñó entre dientes.

—¿Sabe usted si salía con algún otro hombre?

—¿Anna? Estoy seguro de que no...

—Una mujer no se desintegra en el aire sin dejar rastro, Cameron.

—Lo sé, pero estoy seguro de que ella sólo salía conmigo. No conocía a nadie aquí, y teniendo en cuenta el escaso tiempo que pasó desde su llegada, no creo que pudiera trabar amistad con...

Se interrumpió bruscamente y se quedó boquiabierto, como si de repente acabara de ver un fantasma.

—Bueno —le apremió Brady—. ¿Qué pasa?

—He sido un imbécil.

—No vamos a discutir por eso. Sólo dígame por qué.

—La última vez que estuvimos juntos, durante la mañana, me dijo que había decidido sacar dividendos de sus vacaciones.

—Más despacio, Cameron. ¿Qué fue exactamente lo que le dijo?

—Simplemente, que había tropezado con algo grande, y que iba a sacar dividendos de sus vacaciones. Ahora se me ocurre que la cosa debía estar relacionada con el individuo que la abordó en la piscina...

—¡Condenación! ¿No puede usted contar las cosas con un poco de orden? —bufó el periodista—. ¿Qué individuo era ése?

—No lo sé, nunca le había visto...

—¿Dónde ocurrió eso exactamente?

—En la piscina de su hotel. Yo estaba tumbado al sol, cuando la vi salir del agua. Estaba casi deslumbrado por el resplandor del sol, pero pude ver cómo un hombre se le aproximaba y cambiaba unas palabras. Después, él se alejó, y eso fue todo. Pensé que era uno de esos bastardos que prueban suerte con todas las chicas que ven, y lo olvidé.

—¿Cómo vestía?

—¿El tipo? Llevaba sólo un *slip* de baño.

Brad reflexionó sobre el suceso. No prometía mucho.

—¿Fue después de ese encuentro que ella le habló de lo que pensaba hacer?

—No exactamente. Mencionó lo de sacar dividendos a las vacaciones esa misma mañana, apenas nos encontramos. Pero después de su breve diálogo con aquel individuo, su entusiasmo aumentó. Debí haberlo pensado antes, maldita sea...

—¿Podría usted reconocer a ese fulano, si lo viera otra vez?

—Seguro.

—Lo difícil es que vuelva usted a verlo.

—Brady...

—¿Qué?

—¿Cree usted que le haya sucedido algo a Anna?

—¿Qué le pasa a usted, está enamorado de ella?

Cameron desvió la mirada y susurró:

—Como no lo estuve nunca de ninguna otra mujer.

—Ya veo. Bien, tal vez le ha sucedido algo o no, es imposible saberlo. Pero esa chica es una cabeza loca, cuando trata de meter la nariz donde no debe. Nunca se resignó a limitarse a escribir sobre fiestas de sociedad.

—¿Hay algo que podamos hacer? Opino que deberíamos avisar a la policía, ¿no cree usted?

—Por el momento, dejaremos a la policía al margen de este asunto. No sé qué fue lo que ella encontró. Los polizontes podrían estropearlo todo el cuadro. Los dejaremos como último recurso.

—Entonces, ¿qué podemos hacer?

—Usted dice que el tipo que la abordó al salir de la piscina llevaba sólo un *slip* de baño.

—Cierto.

—Se me ocurre que un extraño no podría colarse en las instalaciones del hotel, así como así. A menos que fuera alguien invitado por un huésped. Usted y yo vamos a matar algunas horas junto a esa piscina.

—Eso puede llevarnos mucho tiempo, y ni siquiera es seguro que volvamos a verlo.

—¿Se le ocurre algo mejor?

—Llamar a la policía.

—¡Oh, condenación! No sea usted cabezota. No quiero meter a los polizontes en esto, mientras pueda evitarlo. ¿Tendrá usted tiempo para hacer lo que he dicho?

—Por las mañanas, sí. Luego, a media tarde, empiezo a trabajar. Sólo dos veces por semana tengo las tardes libres.

—Está bien, será suficiente. Andando.

—¿Ahora?

—Nos queda la mitad de la mañana. Y es lo único que podemos hacer.

Rusty Cameron cabeceó, asintiendo. Al levantarse, Brad pensó que aquel tipo podría llegar a ser un mal enemigo, con su recia musculatura. Debería andarse con tiento, porque no había nada

hasta el momento que le demostrara que el dueño del apartamento hubiera dicho la verdad.

Los dos emprendieron el camino del hotel sin hablar apenas, cada uno ensimismado en sus propias ideas, aunque éstas fueran diametralmente opuestas.

CAPÍTULO III

La piscina del Majestic Hotel era una inmensidad azul, por la que hubiera podido navegar un crucero.

Una multitud vocinglera se chapuzaba continuamente, y en esa multitud predominaba el bello sexo en una proporción de cuatro a uno por lo menos, cosa que complació en gran manera al periodista.

De pie a un lado, dejaba resbalar sus ojos entusiasmados por encima de la anatomía de cada una de las mujeres que entraban en su radio de visión.

Sería un problema decidirse por una determinada...

—No lo veo por ninguna parte —gruñó Cameron.

—¿Qué?

—El tipo. No está aquí.

Volvió a la realidad.

—Sería demasiada suerte echarle la vista encima a la primera. Esperaremos.

Cameron tenía realmente una musculatura impresionante. A regañadientes, Brad hubo de reconocerlo.

Se tumbó a la sombra de un parasol, y pidió una bebida helada. Cuando el camarero volvió con las bebidas, le preguntó:

—¿Es exclusivo el uso de la piscina?

—No entiendo... ¿Exclusivo?

—Quiero decir si pueden entrar a bañarse gentes que no sean huéspedes del Majestic.

—En absoluto, señor. Sólo si son invitados de los huéspedes.

—Gracias.

Cameron rezongó:

—Incluso así, no veo qué adelantaremos tumbados aquí. El tipo pudo estar alojado en el hotel y haberse largado hace días.

—Le repito que no tenemos otra pista para empezar, así que tenga los ojos abiertos y deje que sea yo quien piense por los dos.

—¿Sabe una cosa, Brady? No estoy seguro de que me guste usted.

—No pretendo ganar ningún concurso de popularidad... ¡Madre mía! ¿Ve usted lo mismo que yo, Cameron?

—¿De qué está hablando?

—Mire.

Rusty siguió la dirección que le señalaba el periodista, y vio a una mujer encaramada en el trampolín más alto.

Era una escultura dorada que rompía todos los moldes establecidos.

Tenía unas piernas largas, tan perfectas que habrían hecho la felicidad de un publicista encargado de anunciar medias de nylon.

Sobre las piernas se erguía el cuerpo más sugestivo que Brad recordaba haber visto en su vida, y era un experto en la materia. Sus senos alzaban la diminuta pieza de tela que los apresaba, como protestando de tan reducida cárcel.

Llevaba un ajustado gorro de baño, que impedía ver el color de sus cabellos, pero el reportero hubiera jurado que eran negros. No podían ser de otro color, juzgando por la mirada negra como la noche de aquellos ojos que miraban con cierto sarcasmo a las caras que se habían levantado hacia ella.

—¿Ha visto usted alguna vez una mujer como ésa, Cameron?

—Para usted, Brady.

—Ojalá el cielo le oiga —replicó piadosamente, levantándose.

—¡Eh! ¿Adónde cree que va? Estamos aquí para buscar a Anna.

—Seguro, seguro. Si ve usted al tipo, llámeme.

La muchacha del trampolín saltó al aire en ese momento. Brady hubiera jurado que todas las respiraciones se extinguieron mientras el cuerpo soberbio estuvo volando con la gracia de un ángel.

Luego, se hundió en el agua y pudo captarse un suspiro colectivo.

La muchacha de piel dorada nadó un rato perezosamente, consciente de que todos los hombres que había alrededor estaban pendientes de sus gestos.

Después salió. Dio la casualidad de que Brad Brady estaba de pie justamente en el lugar donde ella abandonó el agua.

—Hola, ángel —dijo el reportero.

Ella enarcó sus cejas, al tiempo que se despojaba del gorro de

baño.

Una cascada de ébano se desplomó sobre sus hombros.

—Hola. ¿Nos presentaron alguna vez?

Su voz era suave, un poco baja, acariciante.

—Me temo que no.

—Comprendo. Adiós, amigo.

—Todavía no.

—Me han abordado de todas las maneras imaginables, y ésta ni siquiera es original. Adiós —repitió.

—Puedo idear veintisiete formas distintas de abordarla, pero nos haría perder mucho tiempo. Yo no dispongo de tiempo, ángel, de veras.

—Quizá deba llamar al personal del hotel...

—¿Para qué? Ellos no pueden presentarnos en debida forma.

—Pero pueden arrojarle de aquí a puntapiés.

—Usted no querría que hicieran eso conmigo. Escuche, permítame invitarla a un trago y déjeme hablar. Sólo le pido eso. Tengo un millón de cosas que decirle.

—¿Tiene también un millón en algo más sólido que palabras?

—¿De qué está hablando?

—De su cuenta de cheques. ¿Lo tiene?

El sacudió la cabeza.

—Ya veo —dijo compungidamente—. Materialista, ¿eh?

—¿A qué cree que vine a este lugar? Dicen que es el estado de la Unión donde hay más mujeres hermosas por milla cuadrada, pero se olvidan de algo importante; también es el lugar donde se concentran mayor número de millonarios de todo el país.

—De modo que es eso.

—Ni más ni menos. Adiós, señor.

—Brad Brady. Ése es mi nombre.

—Si no puede escribirlo al pie de un cheque con seis cifras, no es gran cosa. Lo siento.

—La tomé por un ángel. Empiezo a dudarlo.

Ella le miró abiertamente a los ojos. Su mirada era tan oscura, tan profunda, que él sintió vértigo sólo con sumergirse en el fondo de aquellas pupilas.

—Lo siento —musitó la muchacha.

—¿Qué es lo que siente?

—Haber destruido sus ilusiones. Y también que no sea usted millonario.

—Se me ocurre que la mayoría de quienes lo son pasan de los cincuenta, tienen barriga y doble papada, y, por regla general, una mujer posesiva que vela inexorablemente por sus intereses.

—Bueno, lo de una mujer posesiva no es problema. Puedo competir con cualquiera.

—De eso no me cabe ninguna duda. Oiga, mientras encuentra usted su millonario hecho a medida, ¿por qué no me permite que le dé algunos consejos sobre lo que le espera?

Ella rió. A él se le antojó su risa un sonido musical en extremo. Estaba seguro de estar ganando terreno.

Entonces, Rusty Cameron apareció a su lado, muy excitado.

—¡Está ahí, Brady, ya lo tenemos! —cacareó.

El se volvió en redondo.

—¿El tipo?

—Seguro. Incluso lleva el mismo *slip* que la otra vez.

Brad dedicó un largo vistazo a la muchacha. Suspiró, sacudiendo la cabeza.

—Piénselo —dijo—. Y dígame su nombre para que pueda soñar con un ángel bautizado.

De nuevo, ella dejó escapar una risita.

—Gladys —dijo—. Adiós, señor Brady.

El se alejó, gruñendo contra Cameron por haber roto sus oraciones.

—Aquél es —dijo el hercúleo enamorado—. El tipo que lleva el bañador blanco con flores azules.

—¿Seguro?

—Sin ninguna duda.

—Muy bien, déjemelo para mí.

—¿Qué hago yo, entretanto?

—Regrese a nuestra mesa, saboree su bebida y vigile lo que sucede alrededor nuestro.

—¿Qué espera usted que suceda?

—Quizá haya una pandilla de *gangsters* al acecho, ¿sabe? —dijo con sarcasmo.

Se acercó al individuo indicado. Era un joven de unos veinte años, delgado, de aspecto atractivo y un tanto ingenuo. No

obstante, al aproximarse, captó la astuta mirada de sus ojos claros.

—¿Dónde podemos hablar usted y yo, amigo? —le espetó, sin rodeos.

El muchacho se volvió con un acusado sobresalto.

—¿Qué? —balbuceó—. ¿Por qué hemos de hablar?

—¿Para qué habla la gente?

—Ni siquiera le conozco.

—No se preocupe, tendremos tiempo de conocernos mutuamente. Venga conmigo.

—¿Adónde, es usted policía o qué?

Brad aguzó los oídos. De modo que al muchacho le preocupaba la policía...

—Tranquilo —sonrió—. Sólo quiero que vayamos a un lugar más tranquilo que éste. El bar de la terraza, por ejemplo.

Tras un titubeo, el joven echó a andar a su lado.

—¿Qué quiere beber?

—*Whisky*... con mucho hielo.

El periodista hizo una seña al mozo y le encargó las bebidas. No despegó los labios hasta que les hubieron servido. Su silencio atirantó los nervios de su forzado compañero hasta que no pudo contenerse y exclamó:

—¡Muy bien, gran hombre! ¿De qué se trata?

—Debiera suponerlo usted, jovencito.

—¡Mi nombre es John Brown, de modo que no me llame jovencito!

—Bueno, bueno, tranquilo. Éste es un *whisky* excelente, ¿no le parece?

—¡Al infierno el *whisky*! ¿Qué quiere de mí?

—Primero, decirle que se trata de una mujer.

John Brown dio un respingo. Antes que pudiera decir una palabra, Brad añadió:

—En segundo lugar, su nombre suena mal, jovencito. Apesta. Ni siquiera ha tenido la imaginación suficiente para elegir uno convincente... ¡John Brown! Todos los que cambian de nombre y son tontos de capirote adoptan el nombre de Brown, o Smith... ¡Por favor, un poco más de imaginación!

Los dedos del muchacho temblaban cuando tomó su vaso y casi lo vació de un trago.

—¿Quién... quién es usted? —balbuceó.

—Me llamo Brady.

—¿Y...?

—Quiero que me hable de una mujer.

—Mire, si es usted el marido de Molly, yo... Quiero decir que no ha sucedido nada entre ella y yo. Solo... sólo hemos cambiado algunas palabras de vez en cuando, eso es. Sólo unas palabras...

—¿Dónde, en la cama?

—¡No, le juro que...!

Ahora, Brad ya sabía a qué atenerse.

—Pruebe otra vez —gruñó.

—Estoy diciéndole la verdad. Nos vemos a veces cuando ella baja al bar... o en la piscina. Ya sabe usted lo que pasa...

—Claro que lo sé.

—Molly... la señora Welps podrá decirle que nunca he tratado de llegar más allá que unas simples palabras con ella.

—Conozco los de su tipo. Con unas simples palabras no se les sacan los cuartos a las frustradas que pueblan estos hoteles. ¿Cuánto le ha sacado hasta ahora?

El muchacho estaba blanco.

—¿Le ha dicho ella que me dio dinero? Porque si lo ha dicho, miente, ¿sabe usted? Yo nunca le pedí un centavo.

—Tal vez se lo ha dado por voluntad propia, sólo para asegurarse los servicios de un amante joven y bien parecido. Vamos, déjese de cuentos y al grano.

—Yo debería mandarle a usted al diablo.

—Hágalo, no hay nada que se lo impida. Sólo que después verá lo que ocurre.

John Brown abatió la cabeza. Junto a Brady parecía apenas un muchacho, porque Brad era un hombre de unos hombros como un estadio, cintura estrecha y un rostro duro como el granito.

De modo que lo pensó detenidamente, y decidió que le convenía adoptar una actitud conciliadora.

—Dígame —murmuró—. ¿Es usted el marido de Molly?

—No.

—¿Entonces?

—Es usted a quien le toca hablar.

—Bueno, lo pone usted cada vez más difícil.

—Usted le sacó los cuartos a Molly, ¿no es cierto?

—Muy poco, ésa es la verdad. No creo que ella me haya denunciado...

—No lo ha hecho. ¿Cuánto le sacó?

—Quinientos.

—Pero espera embolsarse muchos más...

—Depende de... ¡Oh, condenación! No debería estar hablando de eso.

—No tiene otro remedio. Usted vive de sacarles los dólares a todas esas mujeres maduras, frustradas, que creen vivir con usted la aventura de su vida. ¿Sí o no?

—Es cierto. Pero lo dice usted de un modo que suena muy mal.

—No sólo suena mal, sino que apesta. Supongo que sabe usted el interés que tiene la policía en echarles el guante a los tipos que se dedican a ese sucio juego.

—Sí, claro...

—De modo que si yo voy ahora a los polizontes, y les alegro los oídos, usted irá una temporada a vivir a cuenta del Estado.

Sobresaltado, el muchacho le miró con ojos desorbitados.

—¿Por qué habría usted de hacerme eso a mí? Yo nunca le he perjudicado.

—Eso es lo que todavía no sé. Quizá me olvide de usted y sus pueras artimañas, si me habla con sinceridad de Anna Moran.

—¿Anna Moran? —Frunció el ceño, en un vano intento por recordar. Sacudió la cabeza—. No conozco a ninguna mujer de ese nombre.

—Pruebe otra vez.

—Es seguro. No he conocido a nadie llamado así.

—Piense en la policía, jovencito.

—¡Oh, demonios! Estoy diciéndole la verdad.

—La chica a la que abordó cuando salía de la piscina, hace como una semana.

Un chispazo brilló en los astutos ojos de Brown.

—¡Maldita sea! ¿De modo que es eso?

—Exactamente.

—Ni siquiera sabía cómo se llamaba. Apenas si le dirigí tres palabras.

—Apuesto con que ahora saldrá diciéndome que sólo trató de

echarle el anzuelo, ¿eh, tipo listo?

—¿A aquella chica? No soy tan idiota. Sé dónde tengo oportunidades y dónde no. Le aseguro que con ella no hubiera conseguido nada, en ningún sentido.

—Me alegra oírlo. Ahora, oigamos también por qué se le aproximó.

—Me ofrecieron cincuenta dólares si lo hacía. Yo sé aprovechar cualquier oportunidad, ¿sabe usted? Y cincuenta dólares, en mi situación, son para tenerlos en cuenta.

Brad le miró, preguntándose si estaría diciendo la verdad.

—¿Cincuenta dólares sólo para que le dijera unas palabras a Anna?

—Ni más ni menos. Todo lo que tenía que hacer era acercarme a ella y decirle que, esa misma tarde, llamara a un número de teléfono. Que era algo relacionado con lo que ella ya sabía. Eso fue lo que hice, y después la dejé en paz. Le doy mi palabra de honor de que no traté de molestarla en absoluto.

Brady iba de sorpresa en sorpresa.

—¿Recuerda qué número era ése?

—Bueno, no he vuelto a pensar en este asunto, pero... No, no puedo recordarlo.

—Pruebe otra vez. Y tantas como sean necesarias. Ese número es de vital importancia.

—Me gustaría ayudarle, de veras, pero no puedo recordarlo. Era un número cualquiera, que olvidé apenas lo hube dicho a la joven de la piscina...

—Está bien, ya volveremos a eso. Ahora veamos si por lo menos recuerda quién fue el que le hizo ese encargo.

—Oh, eso es fácil. Un tipo que anda por aquí de vez en cuando, aunque desde entonces simula no conocerme. No me saluda, se mantiene siempre lejos... Cuando, después de aquello, traté de saludarlo, me dio la espalda.

Brad frunció el ceño, reflexionando aceleradamente.

Antes de que pudiera adoptar una determinación, el mozo llamó desde un extremo del bar:

—¡Señor Brown! Llaman al señor Brown por teléfono...

—Eso es para mí —exclamó el gigoló, saliendo disparado.

Brady esperó, dándole vueltas al problema. La única

oportunidad sería averiguar a qué número de teléfono debía llamar Anna aquella tarde en que desapareció.

Brown regresó apenas un minuto después.

—Lo siento —dijo sonriendo—. Debo subir a la habitación unos minutos. Le veré después, si aún está usted aquí.

—Me encontrará aquí, seguro.

Apuró su bebida y, apartándose del mostrador, se acodó a la balaustrada desde la que podía contemplar la explanada de la piscina.

Descubrió a Gladys en compañía de un hombre redondo como una bola, envuelto en un albornoz de chillones colores. Era un individuo enorme, fofo y sin un cabello en su monda cabeza.

La muchacha estaba riéndose, y era la imagen de la tentación, con su soberbio cuerpo velado por las dos diminutas piezas del bikini.

También descubrió a Rusty Cameron, que le hacía señas. Anduvo sin prisas hacia la escalinata, y descendió al encuentro de su improvisado ayudante.

—¿Consiguió usted algo? —le espetó Cameron.

—Aún no lo sé.

—Bueno, de todos modos, tenía usted razón.

—¿De qué habla?

—De que hay algo en ese tipo. ¿Entiende?

—No, si no es usted más explícito.

—Debe formar parte de una pandilla. Eso es lo que quiero decir.

Brady ahogó un juramento.

—¿Le importaría hablar con sentido común? —Gruñó. El fulano es un gigoló barato, uno de esos mequetrefes inmundos, que sé dedican a consolar a desvalidas matronas, cuando ya han dejado atrás la juventud y los sueños.

—Tal vez sí, pero un tipo les estaba vigilando mientras hablaban.

El periodista pegó un salto. Sintió tentaciones de sacudirle un puñetazo a Cameron.

—¡Condenación! Y no lo dice hasta ahora. Vamos, indíqueme quién es el vigilante.

Cameron miró a su alrededor.

—No lo veo en estos momentos. Vamos, demos una vuelta por

ahí. Debe haber cambiado de lugar. Para disimular, digo yo...

Brad le siguió, más impaciente cada vez. Estaba muy interesado en descubrir al individuo que había estado espiándole mientras hablaba con John Brown...

Sólo que no pudieron encontrarlo por ninguna parte.

CAPÍTULO IV

John Brown abrió la puerta de su cuarto y entró, sorprendiéndose de que las cortinas del ventanal estuvieran corridas.

Recordaba perfectamente haberlas dejado recogidas cuando salió, porque le gustaba que la habitación se llenara de luz mientras fuera posible. Después, cuando la víctima de turno acudía a sus citas, ya le quedaba tiempo de oscurecer el cuarto.

Cerró la puerta y dijo en voz alta:

—¿Por qué diablos ha corrido las cortinas, hombre? No me gusta la oscuridad. ¿Dónde está usted?

—Un momento —dijo una voz desde el cuarto de baño.

El se encaminó hacia los cortinajes. Antes de que llegara a ellos, la puerta del baño se abrió y un hombre atravesó la estancia.

El muchacho se volvió. Dio un respingo, sorprendido.

—¡Eh! —exclamó—. Usted no es...

El hombre volteó el brazo. Por un instante, Brown captó algo oscuro y compacto en aquella mano. Después, el golpe le aturdió derribándole de espaldas.

Lanzó un quejido, semiinconsciente. El hombre volvió a golpearle con el corto «rompecabezas», y el gigoló dejó de rebullir.

El asaltante se guardó su arma, tomó al muchacho por los pies y le arrastró hacia el cuarto de baño. Allí, levantándolo, le arrojó dentro de la bañera.

Una mueca extraña distendía las facciones afiladas del desconocido. Una mueca como grabada allí por alguna visión interior de la que los ojos no participaban, porque eran tan fríos y vacíos como un bloque de hielo.

Hurgó en su cinto y extrajo un afilado cuchillo. Lo contempló unos momentos y sacudió la cabeza, satisfecho. Después, cerró también la puerta del baño.

Dejó correr un poco de agua fría sobre el rostro del desvanecido gigoló y dijo:

—¡Vamos, despierta!

Brown sacudió débilmente la cabeza y parpadeó. Estaba aún inconsciente, pero consiguió enfocar la mirada y lo primero que vio fue la relampagueante hoja del cuchillo.

Eso despejó en parte las brumas que quedaban en su cerebro.

—¿Qué... qué...? —balbuceó.

—Voy a hacer un buen trabajo, chico, de veras... Has tenido una maldita suerte, ¿sabes?

—Usted... ¡No!

El cuchillo describió un arco centelleante. Algo semejante a una llamarada cruzó el rostro de Brown y la sangre saltó a borbotones.

El desgraciado emitió un aullido. El terror le paralizó con más eficacia que el propio dolor.

El cuchillo, manejado por una mano tan hábil como la de un cirujano, dio otro profundo corte. Brown ya no pudo volver a gritar, aunque siguió viendo, despavorido, su propia sangre brotar como un torrente, y al afilado cuchillo levantarse sobre él y luego descender, despacio, despacio... implacable... hasta que la muerte penetró dentro de él y ya no lo vio.

Un dolor atroz, un sufrimiento increíble, le sumergió en las profundidades de la muerte, envuelto en un torbellino de terror.

El cuchillo, hábilmente manejado, siguió con su feroz tarea casi un minuto más. Después, todo acabó y cuando el asesino abandonó el cuarto de baño, la bañera era un mar rojo.

—¿Está seguro de que alguien estaba vigilándonos? —insistió Brad una vez más.

—Lo vi muy bien. El fulano llevaba una camisa floreada y pantalones blancos. Estuvo pendiente de usted y del muchacho durante mucho tiempo.

—¿Y qué hizo después?

—Entró en el bar y lo perdí de vista. Pensé que deseaba vigilar desde más cerca.

—Debió avisarme entonces.

—No lo pensé. Usted no hubiera abandonado al chico así como así, teniéndolo acorralado.

El periodista sacudió la cabeza. Por el rabillo del ojo vio a la

bellísima Gladys cómo se encaminaba hacia el hotel escoltada por el gordo. Se preguntó cuántas cifras podría escribir aquel tipo en un cheque.

No le gustó lo que estaba viendo. Por un instante, su mirada se encontró con la de ella y creyó ver una sonrisa burlona en sus labios.

Hizo un leve gesto de saludo. Gladys amplió un poco más su sonrisa y eso fue todo. Desaparecieron de su vista y se le antojó que todo había quedado silencioso y oscuro, sin la deslumbrante presencia de aquella mujer.

—¿En qué está pensando, Brady?

La voz de Cameron le devolvió a la realidad.

—En nada determinado, sólo que ese tipejo tarda demasiado.

—Quizá le ha citado su admiradora.

—Es posible que esté ganándose quinientos dólares más. Pero si es así, voy a estropearle el negocio esta vez.

Agarró la toalla de baño y la echó sobre sus hombros.

—Venga —dijo—, subiremos a felicitarle por su romance.

Cameron le siguió rezongando.

—Aborrezco esa clase de tipos —aseguró.

El recepcionista enarcó las cejas con evidente desagrado.

—¿El señor Brown? —dijo—. Bueno, sí, tiene una habitación en el hotel...

—Ya sé que se aloja aquí. Lo que quiero saber es en qué habitación.

—Éste... no pretenderá usted armar un escándalo, señor Brady...

—¿Por qué habría de hacerlo?

—No, claro... Bien, el señor Brown ocupa la habitación ciento siete.

—Gracias.

El elevador les dejó en la quinta planta. Brad se orientó y, siempre seguido por Cameron, recorrió el amplio pasillo hasta casi el final.

La puerta de la habitación ciento siete estaba entornada solamente.

—Bueno, un tipo que se dispone a hacerle el amor a una mujer no deja la puerta abierta —comentó, empujándola.

—¡Eh, oiga! No podemos colarnos en una habitación sin

buscamos un lío.

—Se asombraría usted de las veces que yo me busco líos.

Entró. Las cortinas oscurecían el cuarto lo bastante para que no se distinguieran los detalles en los rincones.

—¡Brown!

No hubo respuesta.

Brady gruñó:

—Ese sucio ratón me ha dado esquinazo. ¡Brown!

Cameron abrió una puerta y asomó la cabeza, viendo que se trataba de un dormitorio con el lecho ordenado. Sobre una butaca había algunas prendas de ropa.

—Si sabía algo más de lo que le dijo a usted, Brady tal vez ha preferido escapar.

Él periodista gruñó entre dientes. Abrió una puerta y echó un vistazo al interior.

Era el cuarto de baño.

Lo que vio le revolvió el estómago de mala manera.

Retrocedió tambaleándose. Cameron corrió a su lado.

—¿Qué le sucede, hombre?

—El chico no ha escapado —balbuceó—. Está ahí dentro, pero no vaya usted a verlo, Cameron. Es algo pavoroso lo que han hecho con él.

—¿Ahí?

Brad estaba acostumbrado a ver cadáveres en todas sus formas. Su profesión de reportero le había llevado a todas las partes del mundo donde la vesania de los hombres daba rienda suelta a su sed de sangre.

No obstante, no recordaba haber visto jamás una carnicería semejante, perpetrada por un ser humano.

—Aunque dudo de que el que lo hizo sea humano siquiera...

Cameron abrió la puerta. Brad le gritó que retrocediera, pero el gigantón estaba dominado por la curiosidad y metió la cabeza... para retirarla en un segundo.

Dejó escapar un quejido. Estaba tan pálido que daba pena.

—Le advertí —dijo el periodista.

Cameron trastabilló, doblándose a impulsos de las arcadas.

De pronto, sus piernas le fallaron y se desplomó como un gran árbol abatido. El trastazo que pegó contra el suelo hizo estremecer

las paredes.

—Eso te enseñará —farfulló Brad.

Sacó el pañuelo y, valiéndose de él, descolgó el teléfono.

Quince minutos más tarde la habitación estaba llena de policías.

CAPÍTULO V

—De modo que usted cree que esta carnicería está relacionada con la desaparición de su colega —dijo el comisario Ritley con evidente escepticismo.

—Cuanto más lo pienso más seguro estoy.

—Pues yo no, señor Brady.

Éste se encogió de hombros.

En un rincón, hundido en una butaca, Cameron se recuperaba a duras penas de su desvanecimiento. Su cara estaba verde y en sus ojos había una mirada de supremo estupor.

—Comisario, alguien llamó a Brown por teléfono mientras hablaba conmigo. Es evidente que lo hicieron para interrumpirnos y apartarlo de mi lado. Le dieron una cita en su cuarto, y una vez aquí le cerraron la boca.

—Estoy dispuesto a aceptar que alguien le citó. Pero si fuera como usted dice, le habrían pegado un tiro, o hundido un cuchillo entre las costillas y asunto terminado. Simplemente, le habrían cerrado la boca.

—¿Y...?

—Quien hizo eso ahí dentro quería lograr algo más que cerrarle la boca. Quería hacerle pedazos. Le odiaba. O quizá se trata de un demente sanguinario. Eso no podremos saberlo hasta echarle el guante.

Brad sacudió la cabeza con obstinación.

—Apuesto a que el asesino pensó que usted llegaría a esa conclusión.

—¿Qué demonios quiere usted decir?

—Olvidelo.

Ofendido, el comisario gruñó:

—Mire, aquí no disponemos de los medios de que hacen gala los policías de las grandes ciudades. Tampoco podemos compararnos

con los brillantes cerebros policiales de Nueva York o Chicago, pongamos por caso. Pero a pesar de nuestra modestia, sé distinguir el crimen de un loco sádico y sanguinario allí donde lo encuentro. Y éste lo es, no le quepa duda.

—Si lo enfoca desde esa perspectiva nunca cazará a ese carnicero.

—Está usted nervioso.

—¡Cuernos! ¿Quién no lo estaría después de haber visto eso?

—Tómelo con calma. Hábleme ahora de su colega desaparecida. ¿Por qué no se notificó a la policía esa desaparición desde un principio?

—Si quiere una explicación a esa pregunta, deberá realizarla usted a mi jefe. Por alguna razón, él quería que fuera yo quien la buscase.

—Eso es absurdo.

—Absurdo o no, pregúntele a él. Yo le he contado a usted todo lo que sé al respecto. Y Cameron podrá corroborarlo cuando esté en condiciones de hablar.

El comisario dirigió un vistazo al aludido. Ahora, su cara se había vuelto gris y no parecía estar en muy buenas condiciones para un interrogatorio.

—Hablaré con él más tarde.

Brad contempló cómo los enfermeros se llevaban el cuerpo metido en un gran cesto de mimbre. Cuando el forense salió secándose las manos en una toalla, el comisario dijo:

—¿Qué le ha parecido, doctor?

—Una porquería.

—Ésa no es una opinión muy científica a mi entender.

—Pero muy clara. El que hizo eso debe estar más loco que un rebaño de cabras.

—O quizá quiere dar esa impresión precisamente —terció el periodista.

—Nadie en su sano juicio sería capaz de cometer esa salvajada.

—¿Usted cree?

—Estoy convencido. ¿Ha visto usted lo que le hizo en la cara, antes de matarlo?

—Lo vi.

—Entonces, no necesito decirle nada más. En cuanto al informe,

comisario, lo redactaré cuando haya realizado la autopsia.

Se fue trotando dejándoles tan a oscuras como antes.

—Me gustaría ganarme el sueldo con la misma facilidad que ese matasanos —rezongó el comisario—. Puede usted ir a vestirse si quiere, Brady. Aquí no le necesito por el momento. Pero más tarde deseo seguir hablando de esa joven desaparecida.

—Está bien. ¿Qué pasa con Cameron?

—Puede irse también. Sé dónde puedo encontrarlo en todo momento.

Cameron se levantó. Sus piernas parecían de gelatina.

—Gracias, comisario —murmuró—. La verdad es que estoy hecho trizas.

—Váyase a casa. Ya le mandaré llamar cuando necesite su declaración.

Los dos salieron juntos. Como que Cameron se había puesto el *slip* de baño en la habitación de Brady, le acompañó para cambiarse de ropa.

Después rezongó:

—¿Y ahora qué?

—Estamos como al principio, eso es todo.

—Si fuera cierto que ese horrendo crimen estuviera relacionado con la desaparición de Anna...

—Continúe...

—Ni siquiera tengo valor para decir lo que pienso.

—Usted piensa que ella está muerta a estas horas.

El forzado Cameron asintió con un cabezazo.

—Bueno, es posible, aunque no seguro. La gente lo piensa dos veces antes de asesinar a un periodista. Sólo lo hacen en ocasiones desesperadas..., pero uno nunca sabe.

—¿Qué cree que podemos hacer?

—Maldito si lo sé. Necesito reflexionar.

Después de un largo silencio, y cuando terminó de vestirse, Cameron murmuró:

—Me voy a casa.

—Está bien, ya nos veremos.

—¿Cuándo?

—No lo sé.

—Quiero ayudarle, Brady —dijo resueltamente—. Si le han

hecho algo a Anna, necesito echarle la mano encima a ese fulano.

—Bueno, se lo guardaré envuelto en celofán si puedo cazarlo.

—¿Es que no puede tomarse nada en serio, Brady?

—Se asombraría si supiera cuán serio estoy tomándome este embrollo.

Rezongando, Cameron se encaminó a la puerta. Antes de que la abriera, el periodista dijo, deteniéndole:

—Permítame darle un consejo, amigo.

—¿Qué consejo, de qué habla?

—Tenga cuidado. A partir de ahora no se fíe ni de su sombra. Ese fulano puede pensar que usted también sabe demasiado y... en fin, ya ha visto cómo trabaja.

—¡Pero si no sé nada!

—Eso es algo de lo que él no puede estar seguro.

—Ya veo —se estremeció. Pero luego dijo con los dientes apretados—: Ojalá lo intente... porque sería la ocasión de hacerle pedazos. Y no necesitaría ningún cuchillo —término, mostrando sus enormes manazas, cuyos dedos abría y cerraba como si ya tuviera entre ellos la garganta del asesino.

—Adiós, Cameron. Pero hágame caso. Detesto asistir a los entierros de mis amigos.

—¡Al diablo con usted!

Salió, cerrando de un portazo.

Brad se abrochó la camisa, que dejó flotando fuera del pantalón deportivo. Era una camisa veraniega de manga corta.

Abrió la maleta y de ésta extrajo un revólver de cañón corto, metido en su funda. Examinó el cilindro, comprobando que estaba cargado.

Cuando descendió al bar, nadie hubiera adivinado que bajo la camisa, sujeto al cinturón, llevaba el compacto y mortífero «Colt-Cobra» cargado con seis proyectiles del 38.

CAPÍTULO VI

Gladys surgió en el bar como una aparición.

Brad se quedó boquiabierto, y ante aquel sueño hecho mujer olvidó el sangriento espectáculo presenciado poco antes.

Si semidesnuda, con el diminuto dos piezas, se le antojó irresistible, con el vestido de tarde, vaporoso, transparente como un girón de niebla, le pareció adorable.

—Hola, ángel.

—Usted otra vez.

—¿Debo felicitarla ya?

—¿Por qué?

—Por el globo. Perdón, por el caballero que la escoltaba.

Ella hizo una mueca.

—Al buen August no le divertiría oírse llamar globo.

—¿Millonario?

—¿Usted qué cree?

—Olvidemos al globo y pidamos de beber. Siento tentaciones de embriagarme con usted.

—Pida un *gimlet* para mí.

El obedeció. Gladys se había encaramado al taburete junto a él y estaba mirándole con los ojos más inquietantes que nunca.

—Algunas veces me he preguntado por qué los hombres como usted nunca son ricos.

—¿Y llegó a alguna conclusión?

—En absoluto.

—A veces pienso que es cosa de temperamento. Hombres atractivos, fuertes, capaces de trastornarla a una, sólo pueden ofrecer una vida más o menos mediocre. En cambio, los otros...

—Los otros tienen una barriga como un tonel y pueden ofrecer una succulenta cuenta corriente. No necesita repetírmelo.

—No lo tome por lo trágico. Observe que le he dicho que es

fuerte y atractivo...

Se echó a reír.

Saboreó su bebida mientras él se sumergía en el *whisky*.

Y de pronto le espetó:

—¿Ha oído hablar del crimen?

—Seguro.

—Es horrible... Estoy segura que mucha gente abandonará el hotel.

—¿Usted también?

—No, desde luego. El crimen no se contagia como el sarampión.

—Me gusta usted, Gladys. No todas las mujeres serían capaces de reaccionar de esta manera.

—Usted tampoco parece muy afectado.

—Pues lo estoy. Yo vi el cadáver, ¿sabe? No era un espectáculo agradable.

—¿Usted lo vio? Oh, es cierto...

—¿Qué?

—La víctima... era el muchacho que estaba con usted cuando yo entré.

—Cierto.

Ella acabó con su bebida. Instintivamente, Brad pidió otras al mozo.

—Gladys...

—¿Sí?

—Nada, olvídale. Me disponía a emplear mi plan Je ataque número tres, pero eso no sirve con una mujer como usted.

—En cierta forma —dijo—, usted es como yo. Crea su propia estrategia para obtener lo que desea. Un plan distinto para cada tipo de conquista. Incluso los ha numerado... ¿O era una broma?

—Nunca en mi vida he hablado tan en serio.

—Le creo. Somos dos cazadores. Usted ansia cazar el amor, el placer únicamente. Yo sigo la pista de una pieza más importante. El dinero, con mayúscula.

—Apuesto que no es ni la mitad de cínica de lo que pretende.

—Perdería la apuesta.

El esbozó un gesto de cómica resignación.

—No había odiado al dinero hasta conocerla a usted —dijo de pronto.

—Sería usted capaz de ponerse sentimental, Brady. ¿Me dijo que se llamaba así?

—Brad Brady.

—Eso creía recordar.

—No espere que me rinda tan fácilmente. Usted es una mujer como nunca conocí otra. Podría hacer cualquier cosa que usted me pidiera.

—Me gusta usted más cuando no habla en serio, Brad.

—¿Tan importante es el dinero para usted?

—Más de lo que imagina —musitó.

—¿Por qué?

—No creo que usted pudiera comprenderlo. La cosa viene de muy lejos, pero no espere que le cuente mi vida. No es un relato apto para corazones débiles.

—El mío es fuerte como una roca, ángel.

—Consérvelo así, Brad. Duro y despiadado, no lo entregue jamás o le destruirán.

—¿Es eso lo que hicieron con el suyo?

—Yo no he dicho eso.

—Ni falta que hace. No creo que me costase mucho saberlo con detalle.

Ella le miró, y ahora no había asomo de ironía en sus ojos negros como la noche.

—No le gustaría, Brad. De cualquier modo, no tendrá usted ocasión para ello. Espero abandonar el hotel dentro de un par de días.

—¿Con el globo?

Ella desvió la mirada. Tomó el vaso y lo vació como si tuviera mucha prisa en terminarlo.

—Creo que sí. August tiene un yate, ¿sabe? Planea hacer un crucero por los «cayos».

—Ya veo.

—No utilice ese tono conmigo, Brad. Hace que... que...

—Termine.

Se estremeció. Saltó del taburete y por un instante se quedó ante él, erguida, maravillosa dentro de su tenue vestido. Sus senos palpitaban acusando la violencia de la respiración.

—Adiós, Brad —musitó—. Deséeme suerte.

—Adiós, ángel. Ojalá ese yate se hunda hasta el fondo del infierno.

Gladys giró sobre sus talones y abandonó el bar precipitadamente.

Incomprensiblemente, al periodista el *whisky* se le antojó amargo y desabrido. Apartó el vaso y encendió un cigarrillo.

Acababa de encenderlo cuando el comisario Ritley entró mirando a su alrededor. Descubrió al periodista y fue recto hacia él.

—Invíteme a un trago, Brady —le espetó—. Después le diré algo.

—Por lo visto, eso de que los polizontes no beben cuando están trabajando no reza con la policía de Farmington.

Llamó al mozo y le pidió dos *whiskys* más. Después gruñó:

—Puede soltar lo que sepa. Le pagaré el *whisky* de todos modos.

—Hemos hallado el auto de su colega desaparecida.

Brad dio un brinco.

—¡El coche! —exclamó—. Naturalmente, debía estar en alguna parte... ¿Dónde ha aparecido?

—En los pantanos.

—¿Abandonado, oculto o qué?

—Hundido en un cenagal. El que lo lanzó allí debía ser idiota. Eligió un lugar tan poco profundo que el coche quedó a la vista de cualquiera.

—No lo entiendo. ¿No pudo caer al cenagal por accidente?

—Cuando haya usted visto aquel sitio no hará preguntas idiotas. No hay ni un mal sendero que lleve hasta la espesura. El que hizo el trabajo necesitó abrir paso a machetazos para que pasara el vehículo.

—Entiendo. De modo que alguien se propuso hacer desaparecer el coche en los pantanos. Lo cual no nos deja muchas esperanzas en lo que a la muchacha se refiere.

—Yo diría que ninguna —rezongó el comisario engullendo la mitad de su *whisky*.

—Es una cosa absurda. Ella vino de vacaciones. Apenas había llegado a Farmington, alguien le echa el guante y la hace desaparecer. ¿Por qué, comisario?

—Regístreme. Yo no conocía a esa mujer. Quizá se metió en un lío...

Brady no le escuchaba. Bebió su *whisky*, dejó el importe de las

bebidas sobre el mostrador y saltó del taburete.

—Está bien, comisario, vamos allá.

—Si cree que va a ser una excursión agradable va a llevarse un buen chasco...

Abandonaron el bar a grandes zancadas.

Realmente, no fue precisamente una excursión agradable.

El coche, un «Ford» de color azul, estaba hundido de morro en la ciénaga, pero las ruedas traseras estaban hundidas sólo hasta la mitad.

El agua fangosa había invadido el interior del vehículo y en ella flotaban unos guantes y algunos objetos más, que debían haber pertenecido a la muchacha.

Dos policías de uniforme montaban guardia en el lugar. Un poco más allá, dos más estaban fabricando una suerte de balsa con pedazos de troncos medio podridos.

El comisario enjugó el sudor que resbalaba de su frente.

—He dado órdenes de que traigan un auto-grúa para sacarlo de ahí. Tengo la esperanza de que hallemos alguna pista en el coche.

—No creo que el tipo que lo hundió dejara sus huellas en el volante.

—¿Por qué no? El debía estar seguro de que el auto se hundiría y que jamás sería encontrado, de manera que sus huellas desaparecerían para siempre. Apuesto que metió la segunda, aceleró y saltó, dejándolo precipitarse solo al cenagal.

—Probablemente, pero debía utilizar guantes. O los llevaba o era idiota.

—Ya veremos.

Los dos policías trajeron la pequeña balsa, que echaron al barrizal en el que el auto parecía flotar.

El comisario dijo:

—Traten de mantenerse a flote y vayan a dar un vistazo a ese cacharro. Pero no toquen nada susceptible de conservar posibles huellas dactilares.

Con no pocos equilibrios, los dos hombres «navegaron» hasta que la balsa pegó contra el costado del coche.

Uno de ellos anunció:

—¡Hay un bolso ahí dentro, y unos guantes...! También veo un pañuelo. Y un mapa de carreteras.

Brad encendió un cigarrillo y sugirió:

—Dígales que abran el portaequipajes...

El comisario dio un brinco.

—¿Piensa usted qué...?

—Pienso que es estúpido tomarse tantas molestias y tanto trabajo para hacer desaparecer un coche que, abandonado en cualquier calle, no les comprometía para nada.

—Ya veo... ¡Eh, Mike, abran el portaequipajes si no está cerrado con llave!

Apoyando las manos en la carrocería, los dos agentes impulsaron su frágil plataforma con los pies chapoteando hundidos en el agua fangosa.

Uno de ellos manipuló en la tapa del baúl de equipajes hasta conseguir levantarla.

En el silencio del pantano se escuchó claramente su ahogada exclamación.

El comisario masculló:

—Acertó usted, Brady. ¡Ustedes, no toquen nada!

—¡Hay una mujer aquí, comisario! Hecha un ovillo y con todas las ropas hecha girones.

Brad sintió un agudo escalofrío.

—¿Cómo la mataron, tiene alguna herida? —preguntó.

—No se ve sangre por ningún lado... pero hay una señal oscura en torno al cuello.

—Estrangulada —suspiró el periodista.

—¿Temía usted que la hubieran rajado con un cuchillo?

—Sinceramente, comisario, eso era exactamente lo que imaginaba. Me alegro de que no lo hicieran. Anna era una buena chica.

—Reconozco que me han obsequiado con un buen embrollo —rezongó el comisario Ritley—. Cuando le ponga la mano encima a ese bastardo le haré arrepentirse hasta de haber nacido.

Brad se encogió de hombros. Con ese deseo del policía no iban a llegar muy lejos. Pensó que si era él quien cazaba antes al criminal, poco iba a quedarle al comisario para desahogar su furia.

Por primera vez en su vida, el periodista supo lo que era sentir salvajes ansias de matar.

Y no resultaba agradable.

CAPÍTULO VII

Aquella noche Brad cenó en el hotel, solo, taciturno y sin apetito alguno.

Había tenido una larga conversación telefónica con el jefe de redacción, de la cual no sacó mucho más que algunos gritos, una sarta de maldiciones y unas órdenes muy concretas.

Seguir tras la pista del asesino de Anna Moran y tratar de aclarar el motivo de la muerte, o sea, averiguar qué era lo que la muchacha había descubierto.

Todo un panorama.

De vez en cuando miraba en torno con la esperanza de ver aparecer a Gladys.

Necesitaba algo que distrajera la obsesión en que se había convertido la muerte de Anna, aunque sola fuera por unos momentos.

Pero Gladys no apareció en el comedor, con lo que éste se le antojó extrañamente desolado.

Levantándose, fue en busca de su llave dirigiéndose a su habitación dispuesto a pesar una noche de insomnio.

Dejó el elevador en la planta novena y recorrió el pasillo cabizbajo, preguntándose una vez más qué estaba sucediéndole esa noche. No le había ocurrido nunca que una mujer se le metiera tan adentro hasta el extremo de ocupar por entero sus pensamientos y su corazón.

Se detuvo ante su cuarto, sacudiendo la cabeza disgustado con sus propios pensamientos.

Entonces, en alguna parte, oyó un apagado grito.

Se volvió en redondo, escuchando con todos los sentidos alerta.

De un salto estuvo, ante una puerta y escuchó, pero no pudo oír nada en absoluto.

Probó en otra, un poco más abajo. Allí captó un violento roce de

pies y un sordo quejido.

Probó el tirador de la puerta, pero estaba cerrada por dentro, así que retrocedió y tomando impulso se lanzó contra la puerta.

Sonó un enorme batacazo, un estruendo, y la puerta se abrió con la cerradura arrancada de cuajo.

Brad trastabilló para recobrar el equilibrio, y al mirar a las dos figuras que se habían inmovilizado ante su irrupción, todas las furias del infierno parecieron desatarse en sus entrañas.

Gladys, con su vestido de noche desgarrado dejando al descubierto las mórbidas formas de su cuerpo, tenía una media arrollada en torno al cuello, cuyos extremos sujetaba un hombre delgado, de mirar fulgurante, que empezaba a reaccionar en aquel momento.

Soltó su delicado instrumento de muerte y apartó a la muchacha de un empujón. Gladys se derrumbó casi inconsciente.

Brad saltó sobre el asesino como impulsado por una catapulta. Le vio manipular en un bolsillo, pero para entonces su puño, como una roca, retumbó contra la nariz de aquel hombre.

Brad no le dio un instante de reposo. Volvió a golpearlo salvajemente. El desconocido dio unos tumbos y se estrelló de bruces contra la pared.

—¡Maldito hijo de perra! —barbotó el periodista—. Voy a darte tu propia medicina esta vez.

El individuo se revolvió. En su mano derecha relampagueaba la hoja de un afilado cuchillo.

Brady se detuvo en seco y le miró con ansias asesinas.

—De modo que tú eres también el artista del cuchillo...

—¡Atrás!

—Si crees que el cuchillo te servirá de algo esta vez vale más que lo pienses dos veces.

—¡No se acerque! Voy a salir de aquí...

—En todo caso, lo harás con los pies por delante.

Brad se movió cautelosamente. El otro esgrimió el cuchillo, moviéndolo suavemente en su semicírculo. Era un luchador experto con aquella arma, no cabía duda.

Pero Brad había vivido mucho, peleado en las peores tabernas del mundo, incluidas las de Hong-Kong, y no era la primera vez que se encontraba ante un enemigo armado con un afilado acero.

Así que continuó moviéndose sin prisa mientras el otro le seguía con el brazo extendido y el cuchillo por delante.

De pronto, Brad enarboló una silla y la volteó con un ímpetu y rapidez increíbles.

La silla dio de lleno en el objetivo. Se estrelló con brutal impacto en mitad de la ensangrentada cara del asesino y se hizo astillas.

También el rostro se convirtió casi en astillas. Se oyó un crujido escalofriante y perdió toda su apariencia humana bajo el terrorífico impacto.

Sólo que sucedió algo más al mismo tiempo.

El mismo impulso del golpe arrojó al tipo hacia atrás dando tumbos y girando ciegamente sobre sus pies.

Cegado por completo, fue a estrellarse como un cohete contra el ventanal. Hubo un estallido de cristales rotos y la ventana desapareció al mismo tiempo que el hombre.

Con una maldición, Brad se precipitó hacia la roía ventana.

Llegó a tiempo de ver el cuerpo volar hacia la calle, nueve pisos más abajo.

Se volvió, arrodillándose al lado de Gladys.

—¿Estás bien, ángel? —jadeó.

—¡Brad, Brad, Dios santo...!

—Ya pasó, tranquilízate.

Instintivamente, ella se abrazó a su cuello.

El tropel de gente que irrumpió en la habitación les encontró todavía besándose. El murmullo de sus voces excitadas les devolvió a la realidad.

Brad ayudó a la muchacha para que pudiera levantarse. Vio al recepcionista en primera fila de un círculo de caras asombradas y exclamó:

—¿Qué demonios esperan ahí plantados? Llame a la policía. Diga al comisario Ritley que ya encontré al asesino del cuchillo.

El hombre salió de estampida, pero a los demás fue necesario empujarlos fuera del cuarto para poder cerrar más o menos la puerta.

Gladys dijo:

—¡Dios, qué cosa más horrible...!

Sus ojos iban inconteniblemente a la arrugada media que el asesino había tirado.

—¿Cómo llegaste tan a tiempo?

—Soñaba contigo, ángel.

—Eso no aclara nada.

El hizo un esfuerzo por sonreír.

—Oí tu grito, eso es todo.

—Ahora te debo la vida.

—Sé un par de maneras para cobrar esa clase de deudas.

—¿También las tienes numeradas?

—¿Y si hablásemos en serio unos minutos? Dime cómo sucedió eso, cómo te sorprendió, qué fue lo que te dijo, si es que esa bestia sabía hablar.

—No sé cómo consiguió entrar. Aunque ahora recuerdo que mientras terminaba de arreglarme en el dormitorio oí un rumor... pensé que era el aire que había movido los batientes, pero ahora me doy cuenta de que la ventana estaba cerrada. El caso es que tan pronto me dispuse a salir ese hombre me saltó encima, me rodeó el cuello con la media y apretó. Creí morir, Brad, fue tan espantoso...

—¿No dijo nada, no pronunció ni una palabra?

—Murmuró algo, aunque no pude entenderle. Me ahogaba, y el pánico era como una oleada que estuviera ahogándome también.

—Lo comprendo. Por lo menos, ese maldito no volverá a atacar a nadie.

El la estrechó nuevamente entre sus brazos. La muchacha aún temblaba rebosante de miedo.

—Ya no tienes nada que temer —murmuró.

—Pero ¿por qué, Brad, por qué? Yo nunca había visto a ese hombre.

—Ya es demasiado tarde para preguntárselo a él. Aunque de todos modos tengo una ligera idea. Y eso me recuerda otra cosa.

Apartó a la muchacha suavemente y descolgó el teléfono, marcando el número de Rusty Cameron.

Oyó sonar el timbre una y otra vez, pero nadie respondió a la llamada.

—No creo que hayan podido liquidar a ese grandullón —dijo hablando entre dientes—. Aunque habrá que comprobarlo. No responde al teléfono.

—¿Crees que hayan intentado matar a alguien más esta noche?

—No me sorprendería en absoluto.

—¿Cómo puedes hablar con esta calma, Brad?

—Ángel, uno se acostumbra a estas cosas después de dar tantos tumbos como yo he dado.

La llegada del comisario marcó un cambio de rumbo en la conversación.

Exigió una explicación detallada de lo sucedido y después dijo:

—¿Ninguno de ustedes había visto a ese individuo antes de esta noche?

Ambos sacudieron la cabeza de un lado a otro.

—La gente no mata sin un buen motivo —refunfuñó de mal talante—. Debe existir una relación en alguna parte entre él y ustedes.

—Al gígolo le asesinaron sólo porque estaba hablando conmigo.

—¿Quiere decir que ese nuevo intento de asesinato se debe tan sólo a que ella estuvo hablando con usted?

—O eso, o el asesino teme que Gladys le haya podido ver cerca de la piscina, hablando con Brown. Para él, ése es un motivo tan bueno como otro cualquiera, sobre todo si la muchacha entabla relación conmigo también.

—Lástima que haya caído por la ventana. Hubiera tenido muchas cosas que contarnos.

—En eso estamos de acuerdo.

Gladys terminó de exponer una escueta declaración ante un agente que tomaba notas manuscritas, y después se reunió nuevamente con Brad Brady.

El comisario les dejó solos para distribuir órdenes entre su gente.

—¿Cuándo empieza ese crucero en el yate, ángel?

—¿Por qué tienes que hablar ahora de eso?

—Se me ocurrió de pronto.

—Bueno, pues no me gusta.

—¿El crucero?

—Hablar de este asunto.

—Ya veo.

—¡Oh, Brad, por favor! No hagas que me sienta peor de lo que estoy.

—De acuerdo, no volveré a mencionarlo.

Le acarició la mejilla y se apartó, encendiendo un cigarrillo.

El teléfono escandalizó de repente. Todos dieron un respingo,

porque durante unos instantes había reinado un silencio absoluto en la habitación.

El comisario Ritley descolgó el aparato y ladró:

—¡Hable! Aquí el comisario.

Escuchó y dejó escapar una sarta de maldiciones a cual más rotunda.

Al fin dijo a gritos:

—¡Mantengan alejados a los papanatas! Voy para allá. ¿Ha habido víctimas...? Bueno, guarden a ese tipo tan bien custodiado como si fuera una estatua de oro y diamantes.

Colgó con violencia y se volvió hacia Brad. Sus ojos chispeaban.

—Ha habido una ensalada de tiros hace sólo unos minutos.

—Alguien está muy interesado en hacerle sudar el sueldo, comisario.

—Sí. Han rociado de balas media calle. El blanco era su amigo Cameron.

—¡Condenación! ¿Le han matado?

—Ahí está lo chocante. Ni un rasguño. El tipo ha tenido una suerte loca.

—Voy con usted.

—¡Eh! —exclamó Gladys—. No pensarán dejarme aquí sola...

—Creo que no tiene usted nada que temer —dijo el comisario, ya junto a la desvencijada puerta—. Nadie volverá a atentar contra usted esta noche.

—Prefiero no comprobarlo a mis expensas. A dónde vayan ustedes iré yo.

Brad enarcó las cejas.

—Mejor será que pidas otra habitación. Intenta dormir y mañana verás las cosas de otra manera. Necesitas descansar, ángel.

—No insistas. No podría quedarme sola esta noche.

El estuvo tentado de insinuarle que fuera a pedirle protección a su gordo admirador, pero decidió no hacerlo porque todavía tenía esperanzas.

—Muy bien —accedió—, pero si alguien te suelta un par de tiros no te quejes.

Ella enlazó los dedos de su mano y sonrió forzosamente.

—Estoy segura de que a tu lado no puede sucederme nada malo.

Brad la miró al fondo de los ojos.

—Depende de lo que tú consideres malo, ángel.
La enlazó por la cintura y ambos salieron detrás del comisario.

CAPÍTULO VIII

Rusty Cameron estaba rodeado de policías por todas partes, tal como el comisario había dispuesto.

—No me gusta eso —gruñó cuando entraron—. Puedo cuidarme solo, pero estos tipos no me dejan ir ni a la cocina.

—¿Qué demonios tiene usted que hacer en la cocina? Cuéntenos qué pasó.

—Maldito si... Bueno, me soltaron un enjambre de plomo en cuanto me apeé del coche, eso es todo lo que sé. Obré por puro instinto, tirándome de cabeza entre los demás autos que había junto al mío.

—¿No pudo ver nada, algo que nos dé una pista?

—Tenía otras cosas que hacer, comisario. No me entretuve en contemplar el paisaje. Las balas zumbaban por todas partes. Me temo que los propietarios de los coches que me sirvieron de escudo van a llevarse un buen disgusto por la mañana.

—Por lo menos, sabrá usted si le dispararon desde un coche en marcha.

—Oí el motor de uno cuando lo aceleraron. Supongo que era el utilizado por esos matarifes. Pero ni siquiera lo vi.

—No es usted una gran ayuda, Cameron.

—Lo siento. No tengo costumbre de...

—Está bien, está bien, olvídalo.

—No creo que lo olvide en todo lo que me queda de vida.

—Al parecer, alguien está decidido a que no le quede mucha...

Cameron le miró, indignado, pero se abstuvo de replicar.

Entonces, Brad habló por primera vez:

—No fuiste el único al que trataron de liquidar esta noche...

—Qué, ¿también a usted?

—Ella.

Cameron enarcó las cejas.

Su azorada mirada se detuvo sobre la muchacha. Hizo una mueca y murmuró:

—Alguien debe haberse vuelto loco.

El comisario, ceñudo, dijo sin apartar la mirada del rostro del gigantón:

—O quizá esté demasiado cuerdo. ¿Le ha dicho Brady que el hombre que atentó contra la señorita ha muerto?

—No...

Brad explicó cómo se había desarrollado la lucha y cómo el asesino había volado más allá de la ventana, aplastándose en la calle.

—Por lo menos, ése ha pagado la factura —fue el comentario de Cameron.

—Si usted hubiera estado allí —intervino de nuevo el representante de la ley—, hubiera podido decirnos mucho sobre el tipo.

—¿Yo? Comisario, le aseguro que mis amigos no se dedican a estrangular muchachas.

—Ése sí. Era Basil Klegg.

Cameron se quedó rígido.

Brad dio un respingo, perplejo.

—De modo —dijo— que usted le reconoció, comisario.

—Sin ninguna duda. Además, llevaba una licencia de conducir en el bolsillo.

—¡Klegg! —jadeó Cameron al fin—. No puedo creerlo.

—No hay ninguna duda al respecto.

Brad masculló:

—¿Puede alguien explicarme a mí quién era ese Basil Klegg?

—Trabajaba para el mismo patrón que su amigo —aclaró el comisario.

—Más claro.

Cameron rezongó:

—Klegg era uno de los matones que mantienen el orden en el club de Langdon...

—¿Y quién es Langdon, que yo me entere?

—Posee dos clubs nocturnos y un casino.

—Y tú trabajas para él, según el comisario.

—Bueno, pero mi trabajo se limita a llevar las cuentas al día.

Por eso estoy ocupado hasta esas horas de la noche.

—Ya veo...

—Si piensa que Langdon tiene algo que ver con todo esto, olvídelo, Brady.

—Eso lo comprobaré por mí mismo. De momento, el fulano que trató de asesinar a Gladys trabajaba para ese Langdon. Y es casi seguro que, a juzgar por el cuchillo, era el mismo individuo que hizo tiras al pobre John Brown.

El comisario escuchaba en silencio. Una expresión astuta aleteaba en su cara inexpresiva.

Al fin intervino:

—Cuando tenga un momento libre iré a ver a Langdon. Va a tener muchas cosas que aclarar.

Se despidió, pero antes de salir se encaró con Cameron, espetándole:

—Pueden intentarlo otra vez. ¿Desea usted que deje a un par de mis hombres aquí, para custodiarle?

—Gracias, sólo conseguirían ponerme más nervioso.

—Como guste.

Se quedaron solos los tres. Brad fue en busca del *whisky* y preparó tres vasos, llevándole uno a Gladys, que se había derrumbado sobre una butaca.

—Muy bien, Cameron —decidió el periodista—. Dime dónde puedo encontrar a tu jefe. Voy a apretarle las clavijas antes de que lo haga el comisario.

—Te repito que Langdon está al margen de todo esto.

—Prefiero comprobarlo por mí mismo.

—Escucha, yo llevo sus cuentas, ¿comprendes? Sus negocios le proporcionan unos ingresos fabulosos, increíbles. Es un hombre rico. El dinero le desborda hasta por las orejas. ¿Tú crees que un tipo así se jugaría todo lo que posee ensuciándose las manos de sangre?

—Si la cosa por la que lo hiciera fuera lo bastante importante o valiosa, sí.

—Nunca lo creeré. Además, no es su estilo. Langdon es un granuja que explota el juego, pero es demasiado inteligente para... Está bien —se interrumpió al captar el gesto impaciente del reportero—. Como tú quieras. Pero te advierto que estás haciéndole

el juego al comisario, Brady.

—¿Qué juego?

—Langdon es «alguien» aquí, e incluso en Miami. Un tipo importante de veras, influyente, poderoso... El comisario sabe que si le inquieta demasiado se verá metido en un lío. Por eso te deja a ti que arriesgues el cuello por él.

—Algún día te contaré cuántas veces he colocado contra la pared a tipos importantes e influyentes —rezongó Brad—. ¿Dónde puede encontrársele a estas horas?

—En el Crazy Horse Club con toda seguridad. Pero... Olvídalo, no dije nada.

—¿Alguien se acuerda de mí? —terció Gladys.

—A ti no te olvidaré en todos los días de mi vida. Creo que lo mejor que puedes hacer es quedarte aquí hasta mi regreso. Cameron velará por tu seguridad, pero le saltaré los dientes si no vela también por tu virtud.

—¿Por quién me tomas? Ella estará segura mientras permanezca conmigo —protestó el gigantón, indignado.

—Eso espero...

Apuró su *whisky* y se encaminó a la puerta.

Estaba resultando una noche endiabladamente movida para su gusto.

Langdon era un individuo apuesto, con el aspecto que pusieron de moda los galanes de Hollywood algunos años atrás. Llevaba el *smoking* con tanta soltura como si hubiera nacido con él puesto.

No obstante, a pesar de su impecable elegancia, de su apariencia distinguida, podía notarse en él el suficiente carácter como para tenerlo en cuenta.

Había una implacable dureza en sus ojos oscuros y en la firmeza de su mentón agresivo. Brad tomó nota mental de todo ello después del primer vistazo.

—Tengo malas noticias para usted —le espetó el periodista después de los preliminares—. Su nómina ha sido reducida esta noche.

—Nunca me gustaron los acertijos. He accedido a escucharle porque dice que le envía Cameron, pero diga algo con sentido común o haré que le saquen de aquí.

—Otras veces han intentado sacarme de lugares peores. Bien, yendo al grano, le diré que Basil Klegg ha muerto. La cosa salió mal.

—¿Klegg? —exclamó Langdon, perplejo—. ¿Cuándo?

—Hace un par de horas. Saltó por una ventana y había nueve pisos hasta la calle. Lo que quedó de él tuvieron que recogerlo con una pala.

Langdon sacudió la cabeza.

—¿Quieres decir que se suicidó?

—No.

—Entonces, es que alguien le ayudó a saltar...

—Involuntariamente. Le sacudí con una silla. Todo lo que yo quería era aplastarle la cara, ya que le necesitaba vivo para hacerle algunas preguntas. Me pasé de rosca y le golpeé demasiado fuerte. El impulso del golpe le arrojó contra los cristales, los hizo polvo y cayó.

—Ya veo.

—Klegg estaba en su nómina, Langdon.

—No he dicho lo contrario.

—Lo mismo que Cameron.

—Cameron es un contable excelente. Klegg era un matón barato, pero muy efectivo también en su trabajo. Y tengo casi un centenar más de empleados en mis nóminas. ¿Qué le parece si habla claro de una vez?

—Hay algo más. Han intentado asesinar a Cameron también. Una andanada de balas. No le acertaron de milagro. Y cuando yo sorprendí a Basil Klegg estaba apretándole el cuello a una mujer con una media.

—¡Maldita sea! ¿En qué clase de lío intenta meterme?

—Depende de su intervención en todo esto. Klegg trabajaba para usted y estaba a punto de cometer un asesinato cuando yo pude evitarlo. Y es casi seguro que cometió otro con un cuchillo. Cameron trabajaba para usted y alguien le rocía de balas. Dígame si no es como para tener ideas raras.

—Entiendo lo que quiere decir.

—Ajá. Ahora hable usted, Langdon.

—¿Va a publicar un reportaje incluyéndome a mí en su historia?

—Mi trabajo es escribir lo que averiguo.

—Piénselo dos veces, amigo. Nunca he permitido que mi

nombre apareciera en letras de molde. Detesto la publicidad.

—Si trata de amenazarme, Langdon, está eligiendo el camino equivocado y más peligroso.

—Concretamente, ¿qué es lo que quiere?

—Saber si las órdenes de todo este festival salieron de usted. Sólo eso.

—Absurdo. No tengo una maldita razón para...

—Cameron lleva sus cuentas, ¿eh?

—Seguro.

—Tal vez descubrió las clásicas trampas para burlar al fisco... Eso a usted no le convendría.

—Está diciendo tonterías. ¿Tiene usted otras ideas tan brillantes como ésta?

—Confieso que no. A menos, claro está, que esté usted detrás de los asesinatos de Anna Moran y de John Brown.

—Empieza usted a cansarme, lo crea o no. ¿Pretende cargarme con todos los crímenes del Estado? Tengo unos negocios excelentes. No me complico la vida fuera de ellos.

—Eso no es más que una afirmación suya. ¿Desde cuándo trabajaba para usted Basil Klegg?

—Hace poco menos de dos años que lo contraté. Sabía su cometido y nunca me causó problemas.

—¿Le recomendó alguien?

—No. Se presentó a sí mismo. Había trabajado en otros locales como éste, en Nueva York. Le tomé a prueba, y hasta ahora.

—Espero que haya dicho usted la verdad, Langdon, porque si me ha mentado, ni todas sus influencias ni un regimiento de matones, evitarán que le ponga en la picota públicamente.

—Estoy seguro de que lo haría usted. Si pudiera, por supuesto.

—Nunca nadie me impidió publicar lo que escribí. No sería usted una excepción. Ahora, dígame dónde vivía Klegg y le dejaré en paz... por el momento.

—Nunca he sabido dónde vivía. ¡Johnson!

Un hombre corpulento, pesado como un tanque, se aproximó.

—¿Dónde vive Klegg?

—Tiene un apartamento en el Edificio Koerning. Creo que el número setenta.

—Eso es todo.

El matón se alejó.

Langdon gruñó:

—Ya tiene todo lo que andaba buscando. Espero no volver a verle a menos de una milla a mi alrededor.

—No esté muy seguro.

Hizo un burlón ademán de despedida y abandonó el club.

CAPÍTULO IX

Era un apartamento pequeño, desordenado e increíblemente sucio.

Después de forzar la cerradura, Brad miró a su alrededor con ojo crítico. El tal Klegg, además de sus instintos criminales, no cabía duda de que era también una imitación bastante buena de un cerdo integral.

Sacudió la cabeza, porque encontrar cualquier cosa de interés en aquel revoltijo iba a ser una tarea de chinos.

No sabía ni remotamente qué debía buscar. En el ambiente en que el asesino se había movido, las órdenes no se transmiten por escrito, de modo que por ese lado no había esperanzas.

No obstante, puso manos a la obra olvidándose del tiempo.

Una hora después, impaciente, seguía revolviendo el apartamento sin hallar otra cosa interesante que un montón de revistas obscenas, de las que provocan las iras del Departamento de Correos.

Se detuvo unos minutos para encender un cigarrillo.

Cuando reanudó el registro le quedaban muy pocas esperanzas.

Finalmente descolgó dos viejas maletas de un estante y las abrió.

Estaban vacías, como ya había supuesto.

Pero en una de ellas, metidos en una bolsa vio unos recortes de periódico.

Esperanzado, los examinó.

No ofrecían muchas posibilidades.

Eran dos fotografías. Un hombre y una mujer que aparentaban unos cuarenta años o poco más. Al pie de las fotos había dos nombres:

Samuel Beresford y Helen Beresford.

¿Quizá los padres del asesino?

Eran demasiado jóvenes... o quizá las fotografías databan de

muchos años atrás. El papel de periódico estaba amarillento. Sólo un experto podría fijar la edad del papel y de la impresión.

Guardó las fotografías en el bolsillo y miró a su alrededor.

No quedaba nada por hacer allí.

Brad apagó las luces y salió sigilosamente.

Cuando llegó al apartamento de Cameron, sobre los edificios la pálida claridad de la aurora comenzaba a despejar las tinieblas de la noche.

Gladys dormía profundamente en la gran cama del propietario del apartamento.

Por su parte, Cameron estaba hecho un ovillo tumbado en el diván.

Brad esbozó una sonrisa y cerró la puerta en silencio. Dejó la llave sobre la mesita y fue a servirse un trago.

Cuando regresó, Cameron tenía los ojos abiertos y una expresión de sufrimiento en la cara.

—¡Condenación! Jamás pensé que fuera tan incómodo este maldito diván. ¿Cómo te fue?

—Si te refieres a resultados, no obtuve nada. Langdon es un fulano escurridizo como una lagartija. También registré el apartamento de Klegg.

—¿Y...?

—Nada.

—Ya te advertí que Langdon no tenía nada que ver con esto. Tal vez no. ¿Te recuerdan a alguien estas fotografías? —preguntó poniéndole los recortes de periódicos ante las narices.

Cameron arqueó las cejas.

—No. Es la primera vez que veo estas caras. ¿De dónde las sacaste?

—Klegg las guardaba en una maleta.

—Estamos en un callejón sin salida, Brady. Y en alguna parte hay un hijo de perra dispuesto a rociarme con plomo. Eso me quita el sueño.

—¿Eso o el diván?

—¡Al diablo contigo!

Brad asomó la cabeza en el dormitorio y contempló a Gladys hasta llenarse con su turbadora imagen.

Cuando cerró otra vez la puerta y retrocedió, Cameron dijo:

—Te ha dado fuerte, ¿eh?

—Ocúpate de tus propios asuntos, si puedes. Me largo al hotel. Quizá pueda dormir un poco todavía.

—Y ella ¿qué hago cuando despierte?

—Puedes prepararle el desayuno, digo yo. He dejado tu llave en la mesa. Felices sueños, amigo.

—¡Je! ¿Qué sueños?

El recepcionista de noche dormitaba detrás del mostrador, en espera del próximo relevo.

Parpadeó cuando Brad se detuvo ante él. Con gesto rutinario tomó la llave y se la tendió.

—Un caballero estuvo aquí preguntando por usted, esta noche —anunció, ahogando un bostezo.

Brad se puso rígido.

—¿Dejó algún recado?

—No, señor. Dijo que volvería mañana. Bueno, hoy. Con eso de pasarme las noches en blanco, a estas horas siempre me hago un lío.

—¿Le había visto usted antes por aquí?

—No, señor.

—Bien, gracias.

Se encaminó a los ascensores preocupado por el desconocido visitante.

Quizá debido a esa preocupación, se detuvo silenciosamente ante su puerta y aplicó el oído a la madera.

No pudo oír ni el más leve rumor, pero no por eso se dispararon sus recelos.

Miró a su alrededor. Había una lámpara encendida en el pasillo. La apagó sumiéndolo en penumbra.

Tras esto, empuñó el revólver y descorrió el seguro.

Metió la llave en la cerradura, le dio la vuelta y empujó, pegado a la pared fuera de toda posible línea de tiro.

La puerta giró con un chasquido. El interior de la habitación estaba oscuro y silencioso.

Brad aguardó conteniendo la respiración. Era preferible un exceso de precauciones, aunque resultaran inútiles, a que por demasiada confianza, alguien le metiera un proyectil en la cabeza.

Sin embargo, nadie disparó.

No obstante, el extraño interés del desconocido, presentándose

en plena noche, continuaba llenándole de recelo.

Al fin, agazapándose, dio un salto y se coló al interior cerrando la puerta con violencia.

De nuevo se pegó a la pared.

Silenciosamente tanteó la pared hasta que sus dedos localizaron la llave de la luz.

Entornó los ojos, contuvo el aliento y le dio vuelta. La luz brilló. En la puerta del cuarto de baño brilló un relámpago anaranjado, pero no hubo ningún estampido. El tipo utilizaba silenciador.

Con un rugido de ira, Brad rodó sobre sí mismo mientras otro proyectil le buscaba zumbando.

Por un fugaz instante vio el movimiento de un cuerpo más allá de aquella puerta y apretó el gatillo.

El 38 retumbó como una bomba en el reducido espacio del cuarto, levantando a todo el hotel.

Eso haría que el frustrado criminal se diera prisa por terminar su mortal trabajo antes que fuera acorralado por la policía.

Brad le mandó otra bala y el retumbar de su arma arrancó un concierto de gritos en los pasillos. Empezaron a oírse pasos precipitados por todas partes. Guarecido detrás de una butaca gritó:

—¡Esta vez estás en una ratonera, hijo de perra! Una bala se incrustó en el respaldo de la butaca y abrió un desgarrado boquete al salir, casi rozándole los cabellos.

El agudo zumbido del plomo le quitó las ganas de seguir acuciando a su desconocido enemigo.

Se arriesgó a asomar un ojo. No pudo ver ni rastro del individuo, pero allá fuera los gritos eran cada vez más agudos y alguien pedía a grandes voces que llamaran a la policía.

Brad reflexionó aceleradamente, pidiendo al cielo que nadie fuera lo bastante insensato como para entrar a ver qué sucedía. Un asesino acorralado y armado de una pistola se convierte en una fiera dispuesta a matar sin piedad a todo el que le cierra el paso.

En aquel instante, alguien golpeó violentamente la puerta desde el pasillo. La voz asustada del recepcionista gritó:

—¿Qué ocurre ahí dentro? ¡Señor Brady! ¿Qué pasa?

—¡Lárguese de ahí y llame al comisario!

Calculó que le quedaban cuatro balas en el cilindro del revólver.

Asomó el arma, aspiró hondo y deseó que el criminal no llevara

la cuenta de los disparos.

Comenzó a apretar el gatillo a una velocidad endiablada.

Tres proyectiles entraron en el cuarto de baño en medio de un retumbar de trueno. El espejo saltó en añicos y su estrépito se fundió con el de los disparos.

Brad gritó:

—¡Maldita sea!

Y esperó.

El asesino cayó en la trampa. Debió pensar que el periodista había vaciado por completo el revólver y apareció de un salto, disparando a su vez.

Brad le mandó la última bala que le quedaba. Le vio doblarse violentamente, retroceder y pegar de espaldas contra la pared.

La monstruosa pistola que empuñaba se deslizó de sus dedos. Le vio llevarse las manos como garras al estómago y caer de rodillas, mientras la sangre se deslizaba entre sus dedos crispados.

Brady se irguió. El hombre levantó la cabeza y le miró con ojos burbujeantes de odio.

—Has tenido mala suerte, ¿eh?

—Un médico... llame a un médico...

—¿Para qué?

—¡Maldito...!

Estaba aún de rodillas, encorvado, vacilando atrás y adelante, lacerado por un infierno de dolor que ardía en sus entrañas.

Estaba muriéndose y lo sabía. Brad le aplicó el pie en la cara y empujó, derribándolo de espaldas.

—Ahora dime a qué obedece toda esta matanza —gruñó—. No te queda mucho tiempo, así que aprovéchalo.

—¡Váyase al... al infierno...!

—Un duro, ¿eh? No sabes aún cuánto puedo serlo yo si me obligas.

El hombre cerró los ojos y trató de retorcerse en el suelo buscando una postura que aliviase el espantoso dolor del plomo.

Brad le calculó unos treinta y tantos años. No parecía gran cosa convertido en un guiñapo. Pero con la pistola en la mano el tipo había sido casi un verdugo.

—¿Puedes oírme aún? —le espetó—. Estás muriéndote, bastardo. ¿Vas a llevarte al infierno lo que sabes?

—Por favor... un médico... un médico...

—Necesitarías algo más que un médico para seguir viviendo.

—No tiene... derecho a... a hacerme eso...

—¿Qué esperabas, después que trataste de convertirme en un colador?

El hombre parpadeó. Sus ojos semejaban dos grandes globos de cristal.

El alboroto, allá fuera, continuaba aumentando. ¿Es que los polizontes no iban a llegar nunca?

Brad encendió un cigarrillo. Un violento calambre sacudió el cuerpo del caído.

Inclinándose, registró sus bolsillos. No encontró más que un paquete de cigarrillos, un librito de cerillas, una ganzúa, algunas monedas sueltas y un fajo de billetes.

—¿Sigues sin querer hablar?

Ya no obtuvo respuesta. Un continuo quejido escapaba de los labios contraídos del herido, mientras la sangre inundaba sus manos y se encharcaba en el suelo.

Al fin, el hombre sufrió una terrible contracción, lanzó un grito ahogado y después se relajó.

Había muerto.

Brad sintió tentaciones de sacudirle un puntapié. Al final, el frustrado asesino se había llevado su secreto al reino de los muertos.

CAPÍTULO X

Se habían llevado el cadáver, el alboroto había cesado y hasta el eco de los gritos del comisario se había extinguido.

Brad miró alrededor experimentando una viva repulsión por cuánto le rodeaba, en especial por la gran mancha de sangre que quedaba en el suelo.

Abandonó la habitación y bajó al vestíbulo. La mirada que el recepcionista le dirigió era suficiente para darse cuenta de que habían dejado de considerarle persona grata para el hotel.

—Haga que me preparen otra habitación —dijo con disgusto, viendo la cara de palo del empleado—. Y deme la llave de la señorita Moran. Ya es hora de que dé un vistazo a ese cuarto.

Comprendió que no había mucho que ver en cuanto entró. Por otra parte, era indudable que la policía había pasado por allí antes que él. Y posiblemente el asesino antes que la policía. Había tenido tiempo sobrado para ello.

No obstante, se aplicó a revisarlo todo, maravillándose de la cantidad de prendas de ropa que la desgraciada periodista había llevado para sus vacaciones.

Revolvió todo lo que halló a su paso, sintiendo entre sus dedos el delicado, casi etéreo contacto de las diminutas prendas íntimas de la muchacha.

Todo lo que encontró fue un pequeño pedacito de papel arrugado y hecho casi una bola. Desdoblándolo, vio que contenía un número de teléfono.

Por un instante, se sintió esperanzado. Recordó que John Brown había comunicado un número de teléfono a la muchacha, junto a la piscina. Quizá fuera aquél...

Descolgó el teléfono y marcó el número.

Al segundo timbre, una voz monótona dijo:

—*Miami News, hable.*

—¿Es el periódico de Miami?

—Acabo de decírtelo. ¿Qué le pasa, hombre, no habla usted inglés?

—No se precipite. Este número al que acabo de llamar, ¿a qué sección pertenece?

—A los archivos.

—Ya veo... Gracias.

Colgó, perplejo.

Ese número no podía ser, en modo alguno, el que Brown le facilitó a Anna aquella mañana.

De todos modos, era una posibilidad.

Salió de la habitación, alejando el sueño con esfuerzo, montó en su coche y salió zumbando rumbo a Miami...

El hombre que había respondido al teléfono debía andar bordeando la jubilación. Era de corta estatura, delgado y vivaracho.

—¿Usted es el que llamó hace un par de horas? —cacareó.

—Ya se lo he dicho. Necesito saber si esta muchacha vino aquí en busca de datos. Era periodista, también.

Dejó la fotografía de Anna sobre el mostrador. El vejete le dedicó una atención crítica.

—Una chica muy bonita, ¿eh? —dijo.

—¿Vino o no?

—No, pero habló conmigo por teléfono. Recuerdo bien su nombre, y que puntualizó que era periodista también.

—¿Qué quería saber?

—Bueno... se interesó por lo que tuviésemos publicado sobre el asalto a un Banco, ocurrido hace más de dos años, en Nueva York.

—Hábleme de eso.

—No hay mucho que contar. Fui a consultar el archivo, regresé al teléfono y le dije que teníamos algo de eso, aunque no demasiado. Dijo que pasaría por aquí, pero ya no la vimos.

—Murió.

—¡Oh, lo lamento!

—Su periódico debe haber publicado la noticia...

—Si la cosa es reciente, no me ha llegado todavía. Arriba no se preocupan demasiado de cumplir con los que estamos aquí abajo. Hay veces que me traen los ejemplares con una semana de retraso.

—Bueno, ahora me intereso yo por ese asalto a un Banco.

¿Puede facilitarme el material?

—Desde luego...

Desapareció por una puertecilla de hierro, regresando unos minutos después con un grueso volumen.

—Ahí tiene. Aún hay la señal que dejé cuando ella telefoneó.

Brad abrió el enorme legajo por el lugar señalado.

Había un titular que rezaba:

«ASALTO AL FLOMER SHAVING BANK»

Otro no menos llamativo anunciaba:

«UN BOTÍN DE DOS MILLONES Y MEDIO DE DOLARES»

Silbó entre dientes. ¡Dos millones y medio!

Un tercer encabezado, algo más reducido, reseñaba:

«EN SU HUIDA, LOS ASALTANTES SE LLEVAN REHENES»

Leyó el artículo, enterándose de que el asalto lo habían llevado a cabo tres hombres con la cara cubierta con medias, que habían dado muerte a un empleado que trató de resistirse, además de herir de gravedad a otro.

Después, cuando retrocedían hacia la puerta, conseguido el botín, habían amenazado a un matrimonio, clientes del Banco, obligándoles a seguirles, en calidad de rehenes.

El periódico del día siguiente daba cuenta de las incesantes pesquisas de la policía, asistida por agentes del FBI.

Al tercer día, los encabezados estaban de luto. Habían sido encontradas ropas manchadas de sangre, pertenecientes a los desgraciados rehenes, pero ningún rastro de los criminales.

El día siguiente se había localizado el coche. También en la tapicería se encontraron claras huellas de sangre seca, y, al ser analizada por los expertos, se había comprobado que pertenecía a los mismos grupos que la hallada en las ropas.

Tras todo esto, los tenaces agentes del FBI habían redoblado sus esfuerzos, porque, además de perseguir a unos delincuentes que habían violado las leyes federales, habían dado muerte a dos

personas.

Ya eran unos asesinos armados de pistolas, y con una fortuna en sus manos.

La noticia languidecía paulatinamente, hasta extinguirse al fin, sin pena ni gloria.

Brad volvió atrás, dedicándose entonces a las fotografías.

Las había del oficial de policía que llevaba la investigación, del Banco asaltado, del empleado muerto y del herido, y dos más borrosas, pero no tanto como para que no pudiera distinguirse al hombre y la mujer que se habían llevado como rehenes.

Brad se quedó helado, porque aquel matrimonio eran los mismos individuos cuyas fotografías encontrara en el sucio apartamento de Basil Klegg.

Samuel y Helen Beresford...

Devolvió el gran volumen y salió disparado.

De vuelta al hotel, se encerró en su nueva habitación, y estableció comunicación con su jefe de redacción.

—¿Qué infiernos estás haciendo ahí, Brad, rascándote la barriga?

—Escuche...

—¡Escúchame tú a mí! Estoy enterándome de tus andanzas por los diarios de la competencia. ¿Qué *te* crees que es esto? ¡Estás cobrando un sueldo!

—Y ganándomelo.

—¡Con un demonio! No has escrito una maldita línea desde que llegaste a Miami. Ha habido asesinatos, tiroteos y todo un serial, y tú, mudo como una ostra. ¡Estás jugándote el puesto!

—¿Puede escucharme o no?

—¡Claro que quiero escucharte! ¿Qué hay del asesinato de Anna? ¡Espero que tengas la historia completa o ya puedes despedirte de nuestra nómina!

—¡Cierre la boca de una maldita vez!

—¿Qué has dicho?

—¡Que cierre la boca y escuche!

Hubo un corto silencio. Oyó una especie de resoplido semejante al de una ballena asmática y después un rugido.

Pero ya estaba hablando él.

—Limey, quiero que desentierre todo lo que pueda del asalto al

Banco Flomer, de hace dos años. Todo, ¿entiende? Reúvalo y volveré a llamarlo dentro de una hora.

—¿Qué infiernos tiene que ver una cosa con la otra?

—Mucho.

—¿Puedes adelantarme algo?

—Nada, hasta ver qué me dice usted. He probado en el periódico de aquí, pero no le concedieron mucha importancia. Falta infinidad de material.

—Ya veo...

—Le llamaré dentro de una hora. ¡Muévase!

—¡Y no me grites, maldita sea!

Brad colgó. Estuvo unos instantes inmóvil.

Luego, el teléfono llamó y, al tomar el auricular, oyó la voz de Gladys:

—¿Brad?

—Hola, ángel. ¿Qué tal te sientes esta mañana?

—Aún no lo sé. ¿Qué has estado haciendo tú?

—Sostener una batalla a tiros. ¿Cómo se porta Cameron?

—Maravillosamente.

—Espero que no demasiado. Acabo de acordarme de que no he desayunado todavía, de modo que ahora voy para allá.

—¿He de esperarte?

—¿Tú qué crees?

Colgó, tomó un puñado de cartuchos para el revólver, y volvió a la calle.

Ante la perspectiva de volver a ver a Gladys, olvidó incluso que estaba cayéndose de sueño.

CAPÍTULO XI

Engulló el desayuno con voracidad, ante la mirada crítica de Cameron.

Gladys, recostada en una butaca, dijo:

—¿Hasta cuándo va a durar eso, Brad?

—Poco. Creo que ya tengo todos los hilos en mis manos.

Cameron se encogió de hombros.

—Lo importante —dijo— es que, según la policía, fue la pistola del hombre que tú mataste la que disparó contra mí, lo cual significa que ya no queda ningún asesino más en funciones.

—¿Tú crees?

—Está claro. Había dos, el del cuchillo y el de la pistola. Los dos están muertos. La cosa está clara como la luz.

El soltó un gruñido, mientras encendía un cigarrillo.

—A propósito —dijo, como si la cosa acabara, de ocurrírsele en ese momento—. He visto al globo discutiendo en recepción.

Gladys se enderezó.

—¿August?

—¿Quién otro? Tenía la barriga más redonda que nunca, sus tres papadas saltaban de indignación porque nadie sabía decirle dónde estabas, y parecía; a punto de sufrir un ataque. Estuve a punto de traérmelo para acá.

Ella sonrió.

—Eso no lo creo. Si hay algo que desees realmente, es verlo lejos de mí.

—Hay algo que deseo aún con más intensidad que eso —murmuró, mirándola fijamente.

Cameron dijo:

—Tendréis tiempo de ocuparos de esas cosas, cuando hayamos discutido sobre lo demás, ¿sí?

—No hay nada que discutir hasta que haya hablado con mi jefe.

—Pero tú no pareces convencido de que se haya terminado este asunto... ¿De veras crees que quedan más matarifes?

—Por lo menos, uno, seguro.

—¿Sabes también quién es? Eso sería lo ideal para poder respirar tranquilos.

—Por lo menos, digamos que sospecho quién es el tercero.

—Brad...

Se volvió hacia la muchacha. Ella palmeó el diván, a su lado, y él fue a sentarse donde le indicaba.

—Brad, estoy en el momento crucial de mi vida, y a ti sólo se te ocurre hablar de crímenes.

Cameron lanzó una sonora maldición, tomó su chaqueta y, a grandes zancadas, se encaminó a la puerta, que cerró con violencia tras sí.

—Ahora podremos hablar de otros temas —dijo el periodista.

—¿Es cierto que August está buscándome?

—Sí, ángel.

—¿Por qué me lo has dicho, Brad?

—Porque pensé que debías saberlo, nena. Tal como has dicho, éste es un momento decisivo, y no sólo en tu vida, sino también en la mía. Ahora puedes decidir con conocimiento de causa.

—Decidir... ojalá fuera tan fácil.

—Imagino que el yate estará esperándote.

—El yate, un crucero, todas las comodidades del mundo, dinero...

—Y un elefante con pantalones.

—Oh, Brad, haces que suene tan... tan sucio.

—Es algo sucio. ¿Para qué andarse con rodeos?

—Tienes razón. Pero hubieras podido decirlo de otro modo.

El se encogió de hombros.

—Y todavía no me has pedido siquiera que me quede —musitó la muchacha.

—¿De veras no lo hice? Espera que recuerde cuál es mi plan de ataque para esta situación... Tengo las ideas algo embrolladas.

—¡Oh, Brad!

—Te quiero, ángel. Nunca imaginé que le diría eso a una mujer sinceramente, pero es que no conté contigo.

—Voy a despedirme del yate, ¿sabes?

—Piénsalo bien, nena. Yo no soy lo que se dice un buen partido. En ningún aspecto. Incluso habrá quien te diga que soy un indeseable.

—Pero eres el indeseable a quien yo amo, y eso es suficiente.

—Repítelo.

—¿Para qué? Deja que te lo demuestre...

—Estás aprendiendo muy aprisa.

Se lo demostraron uno al otro durante los minutos siguientes.

Cameron abrió la puerta y asomó la cabeza.

Los vio estrechamente unidos, ajenos a lo que les rodeaba, besándose como si estuviera a punto de acabarse su tiempo.

—La próxima vez, coloca el letrero de «No molesten» —gruñó, entrando.

—No puede decirse que seas muy oportuno —rezongó Brad, irguiéndose.

—No se me ocurrió llamar a mi propia casa —dijo el gigantón, con evidente sarcasmo.

Gladys parecía muy ocupada, recomponiendo su tocado.

Brad pegó un brinco y exclamó:

—¡Lo olvidé! Debía haber llamado a mi jefe hace tiempo...

Lo hizo apresuradamente, mientras Cameron se metía en la cocina para preparar más café.

—¿Limey? —gritó por el auricular—. ¿Lo tiene todo?

—Pregunta y trataré de responder. Eso será más práctico que si empiezo a leerte todo lo que hay aquí.

—Los nombres de los rehenes que se llevaron eran Samuel y Helen Beresford, ¿no es cierto?

—Sí.

—¿Cuál fue la última noticia que se supo de ellos?

—Murieron. Se encontraron algunas ropas manchadas con su sangre, y también la había en el coche. La policía encontró igualmente sangre de los mismos grupos en el portaequipajes del auto utilizado por los atracadores.

—Pero no fueron encontrados los cuerpos...

—No. El FBI llegó a la conclusión de que los enterraron en alguna parte.

—Pasemos a los atracadores. ¿Se consiguió alguna identificación?

—En absoluto. Llevaban las caras cubiertas por trozos de medias. Ya sabes cómo desfigura las facciones ese truco.

—¿No hay ninguna duda de que fueron tres los atracadores?

—Eso se comprobó exhaustivamente. Dos realizaron el trabajo dentro del Banco, mientras el tercero permanecía en el coche, con el motor en marcha, ante la puerta.

—¿Qué armas utilizaron?

—Pistolas automáticas, equipadas con silenciador.

—Ajá, es lo que suponía.

—¡Brad! ¿Tienes una pista sobre este asunto?

—Este asunto es el mismo que costó la vida a Anna Moran. Ésa fue la pista que esa cabeza loca «levantó».

—¡Maldita sea mi stampa! ¿Estás seguro?

—Plenamente. Puntualicemos de nuevo, Limey. ¿Es seguro que nadie llegó a verles la cara a los atracadores? Usted me dijo que por aquel entonces Anna Moran se emperrió en ocuparse del asunto...

—Nadie les vio. Hasta ahora, se ignora quiénes fueron.

—Así que Anna no hubiera podido reconocerlos en ningún caso, aunque les hubiera visto. ¿Podemos estar seguros de eso?

—Completamente seguros.

—Entonces, la cosa está aún más clara.

—No para mí.

—Creo que eso es todo, por el momento, Limey.

—¡Con un demonio! Todavía no has dictado ni una línea. ¿Crees que voy a esperar a que la competencia nos pisen el reportaje, también esta vez?

—Olvédelo. Será nuestra exclusiva.

—¿Cuándo?

Brad lo pensó un poco. Luego dijo:

—Esta noche, Limey.

—¿Seguro?

—A menos que me rebanen el pescuezo, claro está.

—¡Condenación! Haz los posibles para que te lo rebanen después de haber escrito el reportaje. Pórtate bien, por una vez...

—¡Al diablo con usted!

Colgó de golpe.

Se encontró con que Gladys y Cameron le miraban, expectantes.

—¿Lo habéis oído?

—Seguro, pero maldito si entiendo nada.

El se recostó en el diván.

—Atracaron un Banco en Nueva York, hace dos años y algunos meses. Tres atracadores se llevaron un botín de dos millones y medio de dólares y un par de rehenes para garantizar su fuga. Los rehenes eran un matrimonio, clientes del Banco. Nunca fueron encontrados.

—Debieron matarlos para que no les pudieran identificar nunca...

—No los mataron —dijo con voz sorda.

—¿Qué?

—Anna Moran saltó sobre este asunto, apenas llegaba aquí. Algo la puso sobre la buena pista, pero no pudieron ser los atracadores, puesto que a ellos nadie les vio el rostro, de modo que Anna jamás hubiera podido reconocerlos, ni siquiera teniéndolos al lado.

—¿Qué crees que vio?

—Ella estuvo tratando de escribir entonces sobre el suceso. Investigó un trabajo duramente para convencer a Limey, aunque no lo consiguió. De cualquier modo, conocía perfectamente los pormenores del caso... y las caras de los rehenes, por haber visto sus fotografías ininidad de veces. A ellos fue a quienes debió ver aquí, en Farmington.

—¡Cielos, Brad! ¿Será posible...?

—Estoy casi seguro. Un plan diabólicamente meditado. Los supuestos rehenes son quienes planean el asalto, sirven para que, en caso de dificultades, la policía deje libre el camino a los atracadores, y al final desaparecen, simulando un doble asesinato. Pero viven... deben vivir en alguna parte de este agujero.

—No cabe duda que, si pudieras comprobarlo, sería algo sensacional. Pero ¿y el tercer atracador?

—Dije que sospechaba quién es, y lo mantengo. Los otros dos fueron los asesinos que ya conocemos, y que reposan en el depósito de cadáveres.

Rusty Cameron se removi6, inquieto.

—Suéltalo ya —dijo, impaciente.

Gladys susurró:

—Sí, Brad... dilo de una vez. ¿Quién...?

El sonrió.

—¿Para quién trabajaban actualmente los dos matarifes?

—Bueno... Klegg para Langdon. Del otro no sé una palabra.

—También. Le vi en el club nocturno, cuando estuve allí.

—¡Langdon! —exclamó Rusty.

—El tercer hombre. Estoy dispuesto a apostar mi sueldo de un año a que montó sus negocios aquí, hace dos años aproximadamente...

—Así es.

—Y en alguna parte están los dos rehenes resucitados. Ellos y Langdon debieron quedarse con la parte del león. Los otros dos eran simples ejecutores. ¿Dónde suele encontrarse Langdon a estas horas?

—Durmiendo, seguramente.

—¿Tiene un apartamento, una residencia o qué?

—Una casa, en Drive Road.

—¿Sabes también si hay guardaespaldas allí?

—No lo sé, pero aparentemente nunca lleva guardaespaldas. Los matones se limitan a mantener el orden en los clubs y el casino.

—De cualquier modo, iré a hacerle una visita. Espero que tenga un dulce despertar...

—¡Brad! —exclamó Gladys—. No puedes hacer eso tú solo. Debes llamar al comisario y...

—Y dejar que se entere toda la prensa, y me pisen el reportaje más sensacional de los últimos años. No, gracias. Ahora más que nunca necesito mi empleo, ángel. Y quién sabe si un aumento de sueldo...

—Ella tiene razón, Brad. Es un suicidio hacerlo tú solo.

—No voy a ir solo, Cameron. Tú vendrás conmigo.

El gigantón enarcó las cejas.

—Debí suponerlo...

—Querías tener al responsable de todo este embrollo en tus manos, ¿no es así?

Cabeceó, no muy convencido.

—Entonces, de acuerdo. Espéranos aquí, nena. Cuando volvamos, tú y yo vamos a emprender un modesto crucero por nuestra cuenta.

—Si vuelves, Brad...

—Yo siempre vuelvo, cuando hay una mujer esperándome.

La besó larga y apasionadamente. Después, soltándola bruscamente, salió detrás de Cameron.

Ya en la calle, exclamó:

—¡Caray, olvidé preguntarte si tienes una pistola!

Cameron sonrió.

—Ya puedes asegurarlo. La llevo desde la noche en que me obsequiaron con una rociada de plomo.

—Ajá, era todo lo que necesitaba saber.

El coche salió disparado en busca del desenlace... o de la muerte.

CAPÍTULO XII

Langdon despertó con una desagradable sensación entre los dos ojos.

Cuando los abrió vio el corto cañón de un revólver, y más allá, la cara ceñuda de Brad Brady.

—No haga ningún movimiento sospechoso, Langdon, o le abriré un tercer ojo entre las cejas. Eso no le favorecería en nada.

—¡Maldito sea, usted otra vez! ¿Qué se ha propuesto?

—He venido a pegarle un tiro, Langdon, ni más ni menos. Voy a agujerearle, pero primero quiero que hable.

—La tomó conmigo... ¿Por qué, maldito bastardo?

—Por el asesinato de Anna Moran. Por el descuartizamiento de un desgraciado gigoló llamado Brown, por el intento de asesinato de Gladys y mío. Y por el baño de plomo con que obsequió a Cameron. Puedo añadir muchos más cargos, pero éstos son suficientes. Y no se moleste en negar. Estoy seguro de lo que digo.

—¡Lo que está usted es loco de remate!

—¿Quiere saber cómo he llegado a esa conclusión?

—Lo único que quiero es que aparte este trabuco de mi cara.

—Langdon, cuando lo aparte será para disparar. Usted está prácticamente muerto.

Pequeñas gotas de sudor helado aparecieron en la frente del hombre tendido en la cama.

—Va usted a cometer un asesinato, que jamás podrá justificar —dijo aún.

—Lo justificaré. Me darán las gracias por liquidar al tercero de los atracadores del Flomer Shaving Bank, y por desenmascarar a los falsos rehenes, los amantes esposos Beresford.

—¡Condenación!

—¿Quiere hablar ya, o prefiere llevarse lo que sabe a la tumba?

Langdon comprendió que no tenía escapatoria, y se deshinchó

como un globo.

—No comprendo... si ya lo sabe todo, ¿por qué quiere hacerme hablar?

—Porque quiero echarles el guante a los Beresford también, y usted es el único que puede decirme dónde viven.

—Muy bien, maldito sea usted. Nunca imaginé que pudieran descubrirnos... la maldita chica lo estropeó todo.

—¿Anna?

—Sí... vio a los Beresford en una tienda. Aún no comprendo cómo pudo reconocerlos.

—La chica había convertido el atraco al Banco en una cuestión personal, Langdon. Los rostros de esa pareja debía llevarlos grabados a fuego en su mente.

—Bueno, si me hundo yo, no voy a dejar que ellos sigan disfrutando de la vida. Los encontrará en Repson, cinco, siete, dos.

—Eso es lo único que quería saber.

—¿Va a dispararme ahora, a sangre fría?

—Tiene usted la suerte de que yo no soy un matarife profesional. No, Langdon, voy a ocuparme de que cuente toda la historia con detalle... a mi periódico. Después, la contará a la policía. Levántese, pero si quiere vivir, no cometa ninguna tontería.

Limey casi daba saltos en su sillón, a cada nueva información sobre las ventas del periódico.

Había lanzado la más gigantesca tirada de toda su historia, y llegaban peticiones de más ejemplares de todos los puntos del Estado, e incluso del resto del país.

Cierto que había debido mantener una dura lucha con la policía, por haber retenido a los criminales hasta después de haberles exprimido como limones. Ciertamente se había visto obligado a conceder un desmesurado aumento de sueldo al manazas de Brady, pero los reportajes de este asunto elevarían al periódico hasta las cumbres del éxito.

—¡Brady! —rugió—. Que alguien lo traiga aquí. Debe escribir los demás reportajes de la serie.

Los botones salieron zumbando en todas direcciones. La mitad del personal de redacción voló por todos los pisos del gigantesco edificio.

Las noticias le hicieron saltar de nuevo.

Brad Brady no estaba en ninguna parte. Sencillamente, se había esfumado.

—¡Búsquenlo! Esa montaña de músculos no puede volatizarse en el aire.

Media hora después, un reportero acudió, trayendo casi a rastras a una asustada muchacha, que no sabía qué hacer con sus blancas manos.

—¿Quién es esa chica? —rugió Limey—. Es Brady quien me interesa.

—Ella puede...

—¿Puede qué, encontrarlo?

—Éste... no...

—¡Acabe!

Ella musitó con un hilo de voz:

—El señor Brady embarco esta misma tarde, señor Limey...

—¡Qué!

—Dijo que no volvería hasta dentro de un mes. Que... que enviaría el resto de los reportajes por correo...

—¡No lo creo!

—Me pidió que no se lo dijera a usted hasta mañana, señor Limey...

—¿Quién demonios es usted?

—La telefonista de día. Me llamo...

Su nombre quedó ahogado por el rugido de ira del jefe de redacción, que cayó sentado sin fuerzas en su sillón basculante.

—Ese maldito embrollón... ese condenado loco... ¿Por qué me ha hecho esto a mí, maldita sea? Me gustaría saberlo, después que le concedí un aumento de sueldo, el muy...

—Para casarse, señor Limey.

—¿Qué dijo?

—Iba a casarse, ¿sabe? Por eso quería que nadie supiera dónde estaba.

—¡Casarse, Brady! No lo creeré en mil años. Otro de sus líos. Espere que le eche la vista encima.

—Iba a casarse —insistió la vocecilla de la chica—. Vi su licencia... y la vi a ella.

—¿Ella?

Los ojos de la muchacha giraron como globos.

—Usted... usted también iría al altar con una mujer como ésa, señor Limey.

—¿Quién, yo? ¡Largo de aquí!

Los dos salieron de estampida.

Limey se quedó, meditando sobre las últimas palabras de la telefonista porque él ya estaba casado, su mujer pesaba el doble que él, y tenía una lengua mucho más acerada que la suya...

De modo que si había algo que odiaba cordialmente, era justamente el matrimonio.

FIN



Las mejores obras de:
**"SUSPENSE", ESPIONAJE
Y POLICIACAS**
escritas por los mejores
autores del género



Más de 1.500 títulos en sólo dos
colecciones son prueba evidente
del favor que el público dispen-
sa a nuestras series populares



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

MORA LA NUEVA, 2 - BARCELONA (España)

PRECIO EN ESPAÑA: 12 PTAS.

Impreso en España

